

SERVICIO SECRETO

**BRU
GUE
RA**

BOLSILIBROS

T POLICIACO

OSIRIS



**Frank
Candett**

Yo, Osiris von Sydow, no podía esperar aquello.

No podía esperar de ningún modo que la vida, el destino o quien fuera, tuviesen preparado para mí aquel golpe tan bajo.

Tan cruel.

Y quizá ello se debiera al hecho de que hasta entonces, la vida, el destino o quien fuese, me habían tratado bastante bien.

El balance de mi estancia en este valle de lágrimas —no tan de lágrimas para mí, hasta entonces— era positivo. Favorable.

Y a mis veintisiete años había vivido mucho más que otros a los cincuenta. Había acumulado tal cantidad de experiencias como muchos no conseguían obtener en todo su largo período de existencia.



Frank Caudett

Osiris

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1713

ePub r1.1

Lds 01.03.19

Título original: *Osiris*

Frank Caudett, 1983

Cubierta: Sampere

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



TRIBUNA

... DE LO QUE REALMENTE ES Y DE LO QUE NO DEBERIA SER

«Por cuanto todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios.».

Romanos 3:23

La especie humana es sencillamente deleznable.

Los humanos... Nosotros, usted, yo, aquél, el otro... somos despreciables. Cruelmente despreciables.

Malos.

Ruines.

Y todo eso, con ser grave, gravísimo en grado superlativo, no es lo peor... no.

Lo peor, lo auténticamente espeluznante, es lo terriblemente consciente que somos de nuestra maldad. Y de la de los demás.

Que nadie se lleve las manos a la cabeza por lo que acabo de escribir y por lo que acaba de leer... Que nadie se encoragine, que nadie monte en cólera, que nadie alce los brazos al cielo exhibiendo su eufemística bondad y preguntando cuál es su pecado.

El no haber hecho ningún mal no es suficiente para auto definirse como bueno.

HAY QUE HACER EL BIEN... O EVITAR QUE SE HAGA EL MAL.

Somos cómplices de la ruindad humana por nuestra tremenda capacidad de inhibición frente al mal.

Por nuestra morbosa solidaridad con los malhechores.

Porque alimentamos el absurdo dogma de que la ruindad de los demás refuerza nuestra mal entendida bondad.

Tenemos el ala siempre levantada, como el avestruz, y la cabeza dispuesta para colocarla debajo.

Censuramos al asesino por asesino y por asesino lo despreciamos. Pero... ¿hemos hecho algo en alguna ocasión para evitar sus crímenes?

Criticamos duramente el terrorismo porque siembra los suelos de sangre inocente, porque trata de condicionar la libertad de los hombres, porque es antidemocrático y porque intenta justificar sus criminales procederes al amparo de supuestas ideologías. Pero... ¿de qué manera, cómo, contribuimos a la erradicación del terrorismo?

Atacamos inexorablemente a los políticos que siguen la maratón de los ingenios destructores, dedicamos frases acres y condenatorias hacia aquellos que siguen empeñados en los mil metros valla nucleares. Pero... ¿de verdad hemos pensado alguna vez que nosotros tenemos la clave para abortar de cuajo esa olimpiada de la destrucción?

No hacemos nada, no intentamos nada, no pensamos nada y nunca lo haremos porque en nuestra consciente o inconsciente maldad, encima, somos perezosos, vagos.

Palabras... Lo mío sólo son palabras que de nada van a servir.

Entrarán por los ojos y se diluirán al segundo siguiente entre los vapores cómodos e inhibitorios del cerebro.

Palabras que admitirá un oído y expulsará el otro.

Porque hay en nosotros una irremediable necesidad de seguir siendo malos. O al menos, de ser solidarios con la maldad de los demás... sin dejar, eso sí, de condenarla públicamente. *Sin dejar, eso también, de hacer nada por evitarla.*

Cuando nos miramos al espejo cada mañana estamos obligados a sentir náuseas de nosotros mismos... A lo mejor así vomitaríamos cada día un poco de nuestra biliosa maldad y saldríamos al mundo, a la vida, dispuestos a hacer el bien y evitar el mal.

¡Va por ustedes los malos! ¡Va por nosotros los crueles! ¡Va por los que pasamos por buenos! ¡Por los que vamos de buenos por la vida!

Por aquellos que se ufanan y jactan continuamente del: «¿Yo...? ¡Dios me libre de eso! Jamás en mi vida te he hecho mal a nadie».
Para todos éstos y los demás... ¡marchando una de ruindades!

THATCHER ADMITE QUE PARIS VENDA ARMAS A ARGENTINA

Margaret Thatcher ha tenido que hacer de tripas corazón ante la realidad de que Francia reanude la venta de misiles «Exocet» a Argentina. La mandataria británica se lamenta de la reanudación de los suministros del cohete que hizo estragos entre la Royal Navy, alegando que no se ha producido aún el cese de las hostilidades por parte de Argentina.

Mientras tanto, la asamblea general de la Organización de Estados Americanos aprobó ayer en Washington una resolución y exhorta a Gran Bretaña y Argentina...

(*New York Times*, noviembre 1982).

EL GOBIERNO POLACO AMENAZA A LA IGLESIA

El diario oficial del Partido Obrero Unificado Polaco (POUP) advirtió ayer a la Iglesia sobre las manifestaciones públicas de algunos de sus miembros, señalando que «*es tanto interés del Estado como de la Iglesia que el diálogo no se perturbe por las discrepancias que aparecen en algunas homilías*».

Por su parte la cadena de televisión norteamericana NBC afirmó ayer que los servicios de seguridad polacos disponen de unos documentos *comprometedores* sobre Lech Walesa...

(*The Observer*, noviembre 1982).

EL CUARTEL HEBREO EN TIRO FUE DESTRUIDO POR UN ACCIDENTE

La explosión que destruyó el cuartel general del Ejército israelí en Tiro no fue un atentado, sino un estallido accidental según la comisión investigadora del Estado Mayor Hebreo. Tres grupos armados libaneses la habían reivindicado como un atentado.

(*Welt am Sonntag*, noviembre 1982).

LA MAFIA DESAFIO A JUAN PABLO II EL PONTIFICE CONDENÓ LA VIOLENCIA CRIMINAL, LA INEFICACIA DE LA ADMINISTRACION Y PIDIO A TODOS UN MAYOR SENTIDO DE LA RESPONSABILIDAD

Los problemas de la corrupción y la violencia mañosa en Sicilia fueron el eje central de la primera jornada de la visita del Papa a la isla, que transcurrió ayer en Belice y Palermo, en olor de multitudes. Juan Pablo II se refirió a tales cuestiones en todos sus discursos, en los que no obvió las críticas a la Administración Pública.

En las horas precedentes a su llegada, como si de un desafío se tratara, la delincuencia organizada se cobró otras cuatro víctimas que añadir a la lista de más de doscientos asesinatos por la mafia en lo que va de año.

Violencia y corrupción son en Sicilia dos fenómenos íntimamente unidos que encuentran en la falta de trabajo...

(*Corriere Della Sera*, noviembre 1982).

IRAK DICE HABER HUNDIDO 5 PETROLEROS EN EL PERSICO

El alto Mando iraquí anunció ayer la destrucción de cinco petroleros que esperaban para cargar crudo en la terminal petrolífera iraní de Jarq —una de las más grandes del mundo—, mediante un ataque aeronaval lanzado por Irak durante la noche del sábado al domingo.

El *raid* iraquí, en la zona donde suelen anclar los buques de todo el mundo mientras aguardan su turno de carga, ha sido el más importante contra navios mercantes extranjeros desde que el presidente de Irak, Saddam Hussein, decreta, el pasado 15 de agosto, el bloqueo absoluto de todos los puertos iraníes en el golfo Pérsico.

Si se confirma el hundimiento...

(*Le Fígaro*, noviembre 1982).

UN ATRACADOR DE DOCE AÑOS ACTUA POR BARCELONA

Un niño norteafricano de menos de 12 años, cuyas iniciales podrían ser A.

C. o M.

A. ha sido detenido y puesto a disposición del Tribunal Tutelar de Menores de Barcelona hasta siete veces, acusado de robos por el procedimiento del «tirón», en plena calle, contra transeúntes preferentemente del sexo femenino.

El Grupo de Delincuencia Juvenil de la Brigada Regional de la Policía Judicial barcelonesa estableció un servicio especial de vigilancia por la calle Pelayo...

(El Noticiero Universal, noviembre 1982).

No es por casualidad que vayan sucediéndose día tras día esos cientos de miles de noticias de los que acabo de ofrecer un pequeño e insignificante muestrario a través de la prensa mundial; no es por casualidad que el álbum del mal se vaya saturando a diario con nuevas y más trágicas láminas e imágenes. Es, solo y simplemente, por nuestra causa y culpa.

Aunque a veces sí es por casualidad que nuestro instinto beligerante hiera de muerte a uno o más inocentes con los que no contábamos, a los que no teníamos previsto dañar.

Pero sería absurdo atribuir a la casualidad el horror que causamos y producimos. Sería demencial inculpar a la casualidad del sucio contenido de nuestras conciencias.

Lo que quizá haga la casualidad, a veces, es jugar trágicamente con nuestros propósitos en desesperado intento de frenar nuestra continua e ininterrumpida escalada de violencia y crímenes.

Imagino que la casualidad y el destino pretenden, en esas ocasiones, que ante la tremenda gravedad del error, del error asesino, nos concienticemos de nuestra maldad de una vez por todas.

De una vez para siempre.

Pero, a la vista están los resultados, todo es inútil.

La casualidad, finalmente, lo único que consigue es llevar la muerte, el dolor y la desesperación, a más seres inocentes todavía.

¡Cómo si los ya dañados aún fueran pocos!

Por casualidad, por esa casualidad trágica influenciada por el anárquico y veleidoso destino, se inició nuestra historia.

La historia que seguirá a esta tribuna de censura al mundo, a la humanidad, y a sus deleznales criaturas.

Una historia marcada por la pauta de una trágica casualidad.

Por casualidad, si, una soleada mañana de diciembre el destino labró la tragedia de Osiris von Sydow.

Por casualidad...

Sí.

PRIMERA PARTE

DESESPERACIÓN

CAPÍTULO PRIMERO

Yo, Osiris von Sydow, no podía esperar aquello.

No podía esperar de ningún modo que la vida, el destino o quien fuera, tuviesen preparado para mí aquel golpe tan bajo.

Tan cruel.

Y quizá ello se debiera al hecho de que hasta entonces, la vida, el destino o quien fuese, me habían tratado bastante bien.

El balance de mi estancia en este valle de lágrimas —no tan de lágrimas para mí, hasta entonces— era positivo. Favorable.

Y a mis veintisiete años había vivido mucho más que otros a los cincuenta. Había acumulado tal cantidad de experiencias como muchos no conseguían obtener en todo su largo período de existencia.

Por esta y otras muchas razones no podía pensar, imaginar, ni sospechar el hachazo mortal, lacerante, cruel y hasta vejatorio que la vida, el destino o quien fuera, me estaban preparando.

Menos aquella mañana soleada del 5 de diciembre de 1982.

Cuando feliz y sonriente, con Nora colgada de mi brazo, cruzábamos la puerta automática de acceso al aeropuerto de Washington.

Nora Wilkinson era una parte muy importante de mí mismo. De mi vida. De mi existencia. De una existencia que ella había cambiado muy sustancialmente.

Conocí a Nora en Nueva York, donde ahora residimos, con motivo de uno de mis muchos y frecuentes viajes tanto nacionales como internacionales.

Yo, Osiris von Sydow, era por aquel entonces miembro de las Central Intelligence Agency. Aunque mi nombre no figurase en la nómina de la CIA yo trabajaba para la Central. La Central había

hecho de mí un hombre muy *sui generis*, muy particular, *muy elegido*, que intervenía en contadas pero importantes operaciones. Yo, llamado en clave *Death Captain* (Capitán Muerte), estaba al frente de un comando de hombres como yo.

Preparados y entrenados como yo.

Un comando de muerte.

Porque eso que se ve en el cine y se escribe en las novelas acerca de los tipos con licencia para matar, es cierto. Por desgracia... es terriblemente cierto.

Y yo, Osiris von Sydow, hijo de un alemán y una griega nacido en Rock Springs, Wyoming, tenía, por obra y gracia de la Central Intelligence Agency, licencia para matar.

Y hoy sé, lo sé desde hace mucho tiempo desde luego, que eso es algo de lo que un hombre lógico y sensato no puede enorgullecerse.

Pero cuando se es joven, te pintan la cigüeña, te colocan la etiqueta de héroe y te lanzan a la vorágine del mundo, coges una borrachera tan enorme de poder y ambición que tarda mucho tiempo en desaparecer. Sus vapores perduran y perduran...

Hasta que alguien te abre los ojos.

Nora Wilkinson... en mi caso concreto.

—*¿Te sientes más hombre que los demás, Osiris? ¿Crees que eres superior al resto de los mortales? Vives equivocado... Subido a una nube de corrupción y sangre que acabará por asfixiarte. Serás víctima de la propia violencia a la que te has entregado en cuerpo y alma.*

Sólo me lo dijo una vez.

Y sólo por habérmelo dicho una vez, mirándome con sus voraces ojos negros muy abiertos, como si quisiera engullirme, o cambiarme, o hacerme como ella deseaba que fuese un hombre que reunía los valores que Nora había descubierto en mí... sólo por eso, tenía que besar eternamente el suelo que ella pisaba.

—*Te adoro, Nora. ¡Te juro que cambiaré, pequeña! Por ti...*

—*No quiero doblar tu voluntad, Osiris. Tú tienes que ser tú con tus circunstancias. Te he dicho lo que pienso, lo que siento...*

Dos días después me despedí de mi jefe directo en la Central, que me miraba estupefacto sin dar crédito a lo que oía y veía.

Y juro por Dios que me sentí feliz como nunca al saber que ya no pertenecía a aquella casa, a aquél comando... que no era *Death Captain* y que me acababa de reencontrar con Osiris von Sydow.

El sol, la vida, las gentes, el aire... Todo me pareció distinto.

Una semana después Nora se convertía en mi mujer.

Y yo... ¡ja!, sin empleo.

—*Aunque lo tuvieras, Osiris, yo, seguiría trabajando.*

Nora se dedicaba a la publicidad y estaba empleada en una importante empresa del ramo.

A mí, aún ignoro por qué conducto, no tardó en salirme al encuentro un empleo fenomenal en condiciones económicas fabulosas. Una tarde, de eso hada un año aproximadamente, apareció un caballero llamado Sterling Donovan que dijo ser representante legal de la International Armament y que traía un contrato bajo el brazo que sólo estaba pendiente de mi firma

—*No quiero saber nada de armas, señor Donovan.*

—*¡Por favor, Von Sydow! Nadie le está pidiendo que vaya por el mundo repartiendo metralletas ni declarándole la mena a nadie. Las armas se fabrican y hay que venderlas. Pero tampoco le pedimos eso. Lo que queremos de usted es, aunque le parezca absurdo, todo lo contrario. Que salga al extranjero y estudie la situación política de unos países determinados, informe sobre la misma y señale o no la conveniencia de venderles armamento.*

Consulté con Nora.

—*Si no lo haces tú lo hará otro. Desgraciadamente las armas también sirven para defenderse de aquel que primero las utiliza. Una cosa es hallarse dispuesto para repeler una agresión... y otra muy distinta provocarla.*

Acepté.

Y ahora, aquella mañana plena de sol y luz, me disponía a iniciar mis primeras vacaciones.

Feliz y satisfecho.

Con Nora colgada de mi brazo, llevando en sus entrañas el fruto de nuestro amor... Un fruto que dentro de tres meses se concentraría en un niño o niña, precioso, que colmaría nuestras ilusiones trayendo al hogar una mayor felicidad de la que disfrutábamos.

Sin imaginar lo cruel, quizá lo vengativa, que la vida estaba dispuesta a ser conmigo dentro de pocos instantes.

Habíamos tomado asiento en las butacas diseminadas frente al acceso que debíamos cruzar para tomar nuestro vuelo a Los Ángeles

tan pronto nos lo indicaran por los altavoces.

Consulté el reloj comprobando que para eso aún faltaba media hora larga.

El motivo de nuestro viaje a Washington había sido el de acudir por mi parte a una entrevista con Desmond Newman, director general de la International Armament, convocada por él mismo, en el transcurso de la cual, aparte de felicitarme por lo positivo de mi labor en aquel primer año de servicio a la empresa, habíamos planificado los viajes y el trabajo que debía reanudar al regreso de las vacaciones.

Y de común acuerdo con Nora habíamos decidido trasladarnos desde Washington, directamente a Los Ángeles, primer punto de nuestro periplo vacacional donde temamos pensado permanecer durante una semana.

—No me has dicho apenas nada acerca de la conversación que has mantenido con el señor Newman —me dijo Nora con una reconfortante sonrisa en sus rojos y dulces labios.

—¿Sabes que te sienta muy bien el embarazo, pequeña?

—No te salgas por la tangente, Osiris.

—Las cuestiones profesionales suelen aburrir a las esposas tan bonitas como tú. Olvídate del trabajo de tu apuesto maridito, señora Von Sydow. ¿No te acuerdas de que estamos de vacaciones? ¡Ah...! Te sienta pero que tan bien esa barriguita, que cuando desaparezca pienso contribuir activamente a que se...

—¡Bobo! ¿Es que me piensas tener pariendo toda la vida?

—Tampoco es eso, mujer.

—¿Qué te ha dicho el señor Newman?

Fruncí el ceño porque de verdad no tenía ganas de hablar sobre aquel asunto.

Pero entendía que Nora no iba a darse fácilmente por vencida. Así que...

—Newman quiere que viaje a Varsovia.

Mi mujer mostró una expresión de genuino asombro en su bella carita.

—¡Válgame el cielo! ¿Quiere la International Armament venderle armas a un país del Este?

—No exactamente.

—¿Entonces...?

Me mordí, nervioso, el labio inferior.

Era una parte del diálogo que no me gustaba. Y que estaba seguro de que a Nora le iba a gustar todavía menos.

Pero me había acostumbrado a ser totalmente sincero con ella y no veía razón, a pesar de los pesares, para romper la norma.

—Quieren que elabore un informe lo más exacto y concreto posible acerca del armamento de que dispone el ejército polaco. Cantidad, calidad, marcas...

Se crispó la carita de Nora al tiempo que sentenciaba:

—Eso es espionaje, Osiris. Lo sabes supongo, ¿no?

—Sí...

—¿Y qué le has contestado?

—Que durante estas vacaciones lo pensaré.

—Creí que lo habías pensado ya —me recriminó Nora, suavemente, ante la duda que según ella no tenía que existir y que yo pretendía disipar en el curso de las vacaciones—. Moralmente sí la he tomado, pequeña. Pero no debo considerar el hecho de que existe un contrato que me vincula a la International Armament.

Nora me acusaba con la mirada.

—¿Se mencionaba la palabra *espionaje* en ese contrato, Osiris?

Un individuo vino a sentarse en la butaca adyacente a la mía.

—Por favor, Nora —te dije—. Hablaremos de este asunto en otro momento. Más íntimamente, ¿te parece?

—Sí... —me sonrió—, sí. Tienes razón. El vestíbulo del aeropuerto no es el lugar más indicado. Ni tampoco para decirme que estoy muy favorecida con esta barriga, ¿eh? —Me miraba con sus grandes y hermosos ojos. Se echó a reír a continuación—: ¡Ja, ja, ja, ja! ¡No me mires así, hombre!

—Es que a veces me desconciertas, pequeña.

Y tras esta fraseladeé la cabeza, de forma instintiva... y de forma instintiva también capté el titular de la página del periódico abierto que estaba leyendo el que acababa de tomar asiento a mi izquierda.

Ignoraba que en aquel preciso instante el destino, la vida o quien fuese, iniciaban la maniobra cruel y cruenta de la que yo iba a ser víctima. El titular que había llamado mi atención decía esto:

MI-5

ESPIO A DOS DE SUS MAS ALTOS.

Y bajo el mismo se iniciaba el siguiente texto:

«El servicio británico de contraespionaje,
MI-5,
convencido de que un traidor se había infiltrado en su
seno hasta el más alto nivel de su dirección, espío a
dos de sus más importantes responsables durante
meses...».

Por la forma en que mi accidental vecino de butaca tenía
colocado el periódico, no podía seguir leyendo.

Y como la noticia me interesaba porque todo lo vinculado al
mundo del espionaje, muy en el fondo, seguía formando una
mínima parte de mí, me alcé de la butaca diciendo a Nora:

—Voy a comprar el periódico, pequeña.

—¡Espera! —exclamó ella.

—¿Qué ocurre, Nora?

—¡Nada, hombre! Yo iré. Quiero comprarme unas revistas...

—Vamos los dos entonces.

—Tú me esperas en la barra de la cafetería encargándome un
café con leche bien calentito. ¿O. K.?

—O. K. —asentí.

Yo me dirigí hacia el bar y Nora caminó rumbo al kiosko-librería
del aeropuerto. Alcancé la barra antes de que ella llegase al puesto
de periódicos y tras pedirle al camarero lo que Nora deseaba y un
café solo, corto, para mí, me enfrasqué mirando su delicioso
cuerpecito cuya geometría armónica no había logrado romper ni el
mismo embarazo.

¡Era cierto que la barriguita le sentaba de maravilla!

Bromas aparte lo que sí pensé muy seriamente es que no me
merecía una mujer tan completa como aquélla.

Una mujer que me quisiera tanto como Nora me quería y que
reuniese en sí unos valores morales, sociales y físicos como los que
almacenaba su dulce personita.

No me la merecía, no.

Quizá por eso el destino, la vida o quien fuese, había dispuesto quitármela aquella misma mañana, dentro de muy breves instantes.

Pero no podía yo imaginar semejante crueldad.

No podía pensar que alguien estuviera dispuesto a ser tan brutal conmigo.

No ahora que todo me sonreía, que era feliz, que me sentía plenamente realizado y que aquella maravilla de mujer se disponía a regalarme un precioso hijo.

No ahora...

NO.

Seguí mirándola.

Y observé el rápido escorzo que ella hacía, incluida la barriguita, para evitar precisamente ser golpeada en punto tan vital por el tío despistado que abandonaba el aparador del kiosko-librería andando para atrás y sin mirar. Más que un escorzo, Nora hubo de cambiar su trayectoria y fue a cruzarse en la de otro caballero vestido con traje oscuro y gabán gris-negro, de cuyo brazo colgaba un británico paraguas, que salía también del puesto de libros y periódicos.

—Al final te darán en tu linda barriguita —comenté *in mente*.

Fue algo instintivo.

La casualidad quizá.

La misma y trágica casualidad que había dispuesto, justo en aquel instante, que Nora y el fruto de nuestro amor salieran de este mundo.

De soslayo vi al fulano que llevaba debajo del brazo el estuche de un violín o guitarra.

Estuche que estaba dispuesto de una forma muy singular.

De una forma que un músico jamás hubiera llevado su instrumento.

Todo aquel montaje resultaba demasiado familiar para mí.

Terriblemente familiar.

Por eso, dejando boquiabiertos a los clientes que se agolpaban en la barra de la cafetería y a los empleados que se encontraban tras ella, eché a correr de súbito, como una exhalación, gritando:

—¡NORAAAAA! ¡CUIDADOOOO! ¡TIRATE AL SUELO!

La vi revolverse con expresión de asombro.

Pero sin reaccionar. O reaccionando solo ante la sorpresa que le producía mi actitud con una expresión de asombro.

La metralleta ya había iniciado su tableteo singular. Tan singular y cruel como la forma que tenía aquel fulano de llevar la funda del supuesto violín o la improbable guitarra.

Cantó, sí, la metralleta.

Entonando la mortal salmodia.

Estampado contra el ámbito susurrante del aeropuerto las notas macabras de una siniestra melodía.

—¡NORAAAA!

Fue la primera en doblarse.

La primera en caer al suelo literalmente barrida por los proyectiles rabiosos que escupía el arma.

Encima de ella, al instante siguiente, se dobló en trágica actitud el caballero del gabán gris-negro y paraguas al brazo.

Creí volverme loco.

Un huracán de desesperación batió los acantilados de mi cerebro.

Se oyeron gritos de asombro y terror. Carreras de quienes, alarmados, horrorizados, buscaban protección contra aquella pesadilla de muerte que súbitamente se había desatado en el interior de las dependencias aéreas.

No me ocupé de acudir junto a Nora porque sabía que todo había concluido.

Que estaba... MUERTA.

Fui por el fulano.

Que corría veloz, zigzagueante, amparándose en la confusión, hacia una de las salidas. Pero a mí me habían entrenado para matar. Para acciones como la que allí acababan de desarrollarse. Y un año de inactividad era un período de tiempo relativamente corto en comparación con el que había permanecido en activo. Los sistemas, los procedimientos, el *modus operandi*, seguían presentes en mí.

Aunque ahora me estuviese minando la desesperación, la rabia y el horror, en el fondo de mí seguía existiendo Death Captain.

Afuera le esperaba un coche negro.

Al menos, aquel hijoputa asesino, corría como una flecha hacia el punto donde estaba estacionado un Oldsmobile negro, muy largo y brillante, con el motor en marcha. Atropellé a todos cuantos se cruzaron en mi camino. Los arrollé materialmente... Y cuando la distancia que me separaba de aquel canalla se encontraba del todo

expedita, salí por los aires.

Me fui abajo trincándolo por el pescuezo.

Rodamos enzarzados al otro lado de la cristalera frente a la zona de estacionamiento. No podía aquel engendro imaginarse que un tipo como yo le iba a salir al encuentro.

Un profesional.

Al que la casualidad, la vida, el destino..., todos unidos, tomándole a él por ejecutor, a aquel maldito colega, acababan de robarle lo que más quería.

Trató de golpearme con la funda del «violín» en la sien.

Pero antes le sacudí una patada en mitad de la boca que lo proyectó como un par de yardas hacia delante.

Me puse en pie.

Y él, por medio del alambre conectado al gatillo de la metralleta, se disponía a acribillarme.

Sólo disponía de fracciones de segundo y las utilicé en saltar a la izquierda primero y adelante después. La puntera de mi zapato derecho se incrustó esta vez en la funda, traspasándola y arrancándosela al asesino de la mano.

—¡Maldito entrometido! —Escupió, extrayendo una pequeña automática del bolsillo exterior del abrigo.

—¡Cabrón! Dando una voltereta sobre mí mismo, en el aire, que hubiera firmado con los ojos cerrados cualquier trapecionista de circo, pasando por encima del tipo cuando le daba al gatillo, para caer sobre su cabeza y pateársela virulenta, homicidamente, gritando: — ¡Te voy a machacar asesino de mierda! ¡Te voy a triturar!

Lo estaba chafando casi.

Con los tacones de ambos zapatos, saltando brutal y despiadadamente una y otra vez, convertí su frente en un pozo de cuyas entrañas surgieron chorritos rojizos.

Loco, ciego de ira, me ensañé con él.

Pero pronto el Oldsmobile se puso en movimiento embistiendo sin ninguna precaución, en línea recta, hacia donde yo estaba pateando al fulano.

Salté justo a tiempo de subirme encima del morro negro que ya casi embestía.

El chófer no pudo disparar porque aquel parabrisas era antibala, pero sí lo hizo el pasajero del asiento posterior tras sacar medio

cuerpo por la ventanilla.

La gente, con prudencia, había asomado afuera abandonando en casi su totalidad el vestíbulo del aeropuerto.

Un espectáculo como aquél, gratuito, no se contempla todos los días.

El canalla afinó la puntería y tuve que echarme de bruces sobre el motor. Pero lo que él no esperaba es que de un salto felino me fuese arriba, encima de la carrocería en lo más alto de la misma y colgándome a la izquierda estirase un brazo hasta atrapar su muñeca armada.

Se la retorcí bruscamente. Y como él, ante la sorpresa, no ofreció toda la resistencia que yo esperaba, se la partí en dos.

—¡Aaaaaaag!

Entonces aparecieron varios polis.

Que echaron rodilla a tierra como en las películas de *Harrelson* liándose a disparar contra los neumáticos del Oldsmobile y haciendo blanco la mayoría de ellos.

El coche, perdida la dirección y el control, zigzagueó peligrosamente y yo me tiré al suelo con la velocidad del rayo estando en un tris de no ser arrollado por el vehículo en uno de sus sorprendentes giros.

Subió por la acera entre los gritos de los expectantes y fue a estrellarse contra la pared de cemento que cubría junto con el cristal las estructuras metálicas del vestíbulo.

Surgió una roja llamarada, muy roja y ardiente, antes del estallido.

Luego el coche se convirtió en una tea.

Y yo, contemplando la escena desde el suelo, comencé a ser consciente de que mi mujer había muerto.

Había sido asesinada.

Por equivocación.

Por casualidad.

Por evitar que un despistado la golpeará en su dilatada barriguita había ido a cruzarse en la línea de tiro que dictaba la sentencia de un caballero con gabán gris-negro y paraguas al brazo.

Y que había dictado también la de Nora Wilkinson.

Pensé que la vida acababa de pasarme factura.

¿Había matado yo, en alguna ocasión, a alguien inocente?

Estaba seguro de que no...

¿Seguro?

¡Y qué importaba aquello ahora!

Cuando la casualidad, la vida, el destino o quien fuera, acababan de arruinar mi existencia.

Me puse en pie y aprovechando que la policía y los servicios de seguridad del aeropuerto estaban pendiente del coche en llamas y de sus ocupantes, me dirigí presto al tipo al que le machacara la frente. Con maneras lápidas muy propias de un hombre al que la Central había designado el calificativo de Death Captain, le registré, llevándome al bolsillo todo lo que encontré en los suyos.

Después, muy despacio, crispado, pero sin expresión en el rostro, volví al interior del aeropuerto.

Arrodillado junto a Nora después de apartar con violencia y brutalidad el otro cadáver, permanecí por espacio de diez largos minutos sin pronunciar una palabra, sin derramar una sola lágrima.

Alguien, después, rodeó mis hombros diciéndome:

—Por favor... Ha llegado la ambulancia. Tienen que recoger el cuerpo de... Era su esposa, ¿verdad? *Era...* —musité con gélida entonación.

CAPÍTULO II

Nunca me habían gustado los cementerios.

Recordaba haberlos pisado en muy raras ocasiones.

Y hacía años de eso.

Pero ahora, empezaba a acostumbrarme.

No a que me gustasen.

A estar allí.

Porque llevaba tres días consecutivos, con sus respectivas noches, sentado en un banco, a ratos acurrucado por el frío atmosférico y por el que germinaba a borbotones dentro de mí, frente a la sepultura que escondía los restos de Nora Wilkinson.

Y del fruto embrionario de nuestro amor.

Escuchaba su voz a menudo. Veía desfilar frente a mis ojos estrábicos, aturridos, secuencias de nuestra felicidad... que se rompan, inesperadamente, al trágico acorde de las notas siniestras de una metralleta.

¡Rat-ta-ta-ta-ta! ¡Rat-ta-ta-ta-ta-ta!

Y todo había terminado.

Así, de pronto. Sin más.

Sin ninguna explicación.

La vida.

El destino.

La fatídica casualidad.

¡Mierda!

Nora Wilkinson estaba allí, bajo aquella losa de granito...

MUERTA.

No lo entendía.

Salí por segunda vez en el lapso de aquellas setenta y dos horas a tomar un bocadillo acompañado de un café negro, solo. No es que

tuviese hambre, pero el estómago se me caía a pedazos. En cuanto un par de bocados llegaban a él me sentía lleno como si acabase de celebrar un ágape romano.

Volví a mi puesto de guardia.

Los funcionarios de la necrópolis no se habían atrevido a indicarme de abandonar el lugar, por la noche al menos, porque mi inexpresiva expresividad, valga la paradoja más que nunca, no inspiraba buenas reacciones. No dejaba resquicio coherente a un lógico diálogo.

Pensaron que ya me cansaría.

Yo empezaba a pensar también.

Y no como me había enseñado a hacerlo Nora. Como me habían enseñado a hacerlo en la Central.

No era Osiris von Sydow quien pensaba. Era el jefe de un comando ejecutor conocido como Death Captain.

La muerte me hacía rememorar escenas violentas.

Se trataba de un fatídico *remember*.

Muerte...

MATAR...

Alguien me golpeó, con suavidad, en el hombro.

Y un brazo de aquella persona se extendió delante de mis ojos sosteniendo un periódico y brindándome su primera plana.

Las letras bailaron primero pero pude leerlas después.

Eran muy grandes y negras. Decían, así:

REAGAN: NO DESATARE UNA GUERRA NUCLEAR.

Y al titular, seguía:

«Los Estados Unidos jamás usarán primero sus fuerzas nucleares y solamente recurrirán a su empleo “*en respuesta a un ataque enemigo*”. Esta afirmación ha sido realizada por Ronald Reagan, presidente norteamericano, en un discurso transmitido por televisión.

El presidente expuso sus tesis para evitar el holocausto, señalando las cuatro medidas expuestas a la URSS para reducir el riesgo de una conflagración

entre las dos superpotencias. *«Notificación de los ensayos de misiles intercontinentales así como de las principales maniobras militares —apartado ya previsto en el Acta Final de Helsinki—, intercambio de datos sobre las respectivas fuerzas nucleares y un examen de mejoras del actual sistema de comunicación entre la Casa Blanca y el Kremlin (“teléfono rojo”).*

Ronald Reagan se mostró por primera vez optimista respecto a las negociaciones...».

Me fue retirado el ejemplar y dijo una voz femenina:

—Mentira, todo mentira, Osiris. Embustes políticos y tú lo sabes mejor que nadie. Así intentan justificar que cada día mueran cientos de personas, la mayoría en el anonimato. Algunas por fatal casualidad... como sucedió con tu esposa. El holocausto dicen que lo evitan a costa de otras muertes. Hay que matar a unos pocos para que no mueran muchos cientos de miles. ¿Qué piensas, ahora. HOY, de todo esto... Osiris von Sydow?

Ladeé la cabeza.

Era una chica joven y bonita.

Con un grueso jersey de lana cuello cisne, rojo y blanco, que pese a su anchura señalaba la existencia de unos pechos volcánicos. Ceñían su cintura unos bluejeans que aprisionaban el contorno de sus caderas *sexys* y bajaban apretando el trazo escultórico de unas piernas largas y muy bien definidas. Calzaba unas botas moradas de piel vuelta, sin tacón, planas.

Le clavé los ojos en los suyos que eran muy azules. Y me fijé en aquel cabello inesperadamente negro, negrísimo, muy corto y caracoleado, que formaba una visera, un gracioso tupé, por delante de su frente despejada y tersa.

—¿Qué quieres? —le pregunté con tono vacío, apático.

—Que reacciones, amigo.

Traté de esbozar una sonrisa y sólo me salió un rictus amargo.

—Lárgate.

—¿Piensas que ella va a resucitar si te pasas el resto de tus días contemplando la sepultura?

Me puse en pie y la medí con furia.

—¡Vete a la mierda!

Me dedicó una sonrisa despectiva.

—No seas absurdo, Osiris von Sydow. Tú no puedes quedarte así, hundido, hecho una basura... *mientras los asesinos de Nora Wilkinson comen marisco y degustan los mejores vinos.*

Me acordé al instante de los documentos que había retirado del bolsillo del ejecutor de Nora.

Los busqué nerviosamente. Y aquella criatura que parecía estar dentro de mí o como mínimo leerme el pensamiento, anunció:

—Olvidalo, Osiris. Ése está muerto. Se llamaba Robert Proval y fue contratado en París para que viniera a hacer el trabajo.

—¿Qué trabajo?

—Borrar del mapa a Wilford Sharp.

—¿Quién era Wilford Sharp? —empecé a prestarme a aquel juego absurdo, así me lo parecía ahora, de preguntas y respuestas.

—Un científico nuclear. Estaba en posesión de un importante descubrimiento.

—¿Y tú qué pintas en todo esto, mujer?

—Lo mismo que tú —me respondió—. Soy una comparsa marcada por la tragedia de la vida a través del dolor de la muerte. Pero mi padre no murió... *por casualidad.* Fueron por él.

—¿Por qué?

—Trabajaba con Wilford Sharp. Era su más directo colaborador. Y decidió abandonar el proyecto en que estaban trabajando cuando se dio cuenta, imagino, de la trágica magnitud que aquello podía comportarle a la humanidad. Lo atropelló un coche al día siguiente. Quizá su muerte, que Sharp sabía intencionada, le hizo cambiar de postura. —No entiendo nada— sacudí la cabeza. Y pregunté de nuevo: —¿Cómo te llamas, muchacha?

Volvió a sonreírme, pero esta vez con afecto.

—Penélope Roth —respondió—. No te comprendo, Penélope.

—¿Quieres que hablemos en otro lugar, Osiris? En mi casa por ejemplo. Vivo cerca de aquí...

Me encogí de hombros.

—Bueno.

Su apartamento estaba cerca del cementerio como ella había dicho.

Me acomodé en un *living* coquetón decorado con gusto y

Penélope me ofreció un *whisky*. Lo rechazaba en principio, pero ella insistió:

—Te hará bien. Por favor...

—De acuerdo.

Trajo dos vasos rellenos con líquido ámbar y tomó asiento delante mío.

—Hazte a la idea, Osiris: Nora Wilkinson, por desgracia, está muerta. Eso es irreversible.

—Lo sé.

—Pero no haces nada por asimilar la idea, por digerir la tragedia. Yo también quería mucho a mi padre.

—No compares —señalé—. Es distinto.

—Sí, sí, lo es. Pero lo asesinaron vilmente. Ni su muerte ni la de tu esposa deben pasar de largo frente a nosotros, impunes... Porque la cadena sigue, ¿lo sabes supongo?

—Habla claro.

—Existen muchas inteligencias puestas al servicio de la destrucción... inconscientemente. Primero imaginan el avance, el progreso, y luego se dan cuenta de que los frutos de su intelecto serán destinados por otros al exterminio. La mayoría reaccionan y la mayoría mueren. A Wilford Sharp la muerte de mi padre le abrió los ojos.

—¿Y qué pretendía?

—No lo sé con exactitud como tampoco conozco cuál era el ingenio bélico alcanzado por su inteligencia. Algo muy grande sí es, desde luego. Pienso que Sharp trataba de poner en conocimiento de las primeras potencias mundiales la naturaleza de su invento. Estados Unidos por supuesto, Rusia, Inglaterra, China, Francia... Decirles que podían destruirse y destruir. Todos. Atándoles de pies y manos. Por eso lo asesinaron en el vestíbulo del aeropuerto de Washington. Wilford Sharp trabajaba para la McDonnell y Griffith Armament.

—Es una empresa con contrato gubernamental.

—Que nunca respeta porque su filial, la International Armament, que tú conoces bien, se encarga de canalizar las ventas que pueden producir sustanciosos dividendos.

—¡Eso imposible! —exclamé, saltando de la butaca y estando a punto de soltar el vaso—. ¡El Gobierno no lo consentiría!

—No ha dicho que lo consienta, pero sí digo que lo tolera. Se permite a la International Armament el juego porque la mayor parte de los ingenios bélicos que exporta han sido rechazados previamente por el Gobierno de Washington... o *adquiridos con anterioridad y en secreto a través del contrato que liga a los hombres del Pentágono y el Senado con la McDonald y Griffith Armament* Es un juego muy sucio y complicado que no puede ni debe sorprender a un ex miembro de la CIA.

—¿Cómo sabes tanto de mí y tanto sobre aspectos de algo que debería ser secreto?

—Averiguar sobre ti no ha sido difícil. Cuento con los servicios de un *private eye* muy eficiente. En cuanto a lo otro no olvides quién era mi padre.

—Pero no sabes nada del descubrimiento de Sharp.

—Algo sobre un misil. Pero ignoro sus características revolucionarias.

—¿Adónde iba Wilford Sharp?

—A Londres.

—¿Por qué le permitió el Gobierno...?

—¡Osiris, por favor! ¿Es que no coordinas? El Gobierno... *ya impidió que saliera del país* Lo mataron. Y a tu esposa. Oficialmente no existían argumentos legales para impedir su viaje... pero sí existen los asesinos. ¿O es que tú no sabes nada de eso?

—¿Qué pretendes insinuar, Penélope?

Me miró furiosa. Chispeante.

—¡No insinúo nada, señor Von Sydow! Nada. Pero la realidad está ahí y no hay quien la cambie. A ti te enseñaron a matar en la *Central*... diciéndote que con ello hacías un servicio importante a tu país. Como lo hacía según ellos el que liquidó a mi padre, el que asesinó a Sharp, el que por casualidad dio muerte a tu esposa...

—¡Basta! —Estrellé, furioso yo ahora, el vaso contra la moqueta —. ¡Basta ya!

Y me puse en pie.

—Me das pena, Osiris. No tienes valor para enfrentarte con los hechos... CON LA VERDAD. O es que en el fondo, si lo haces, temes sentirte indirectamente responsable del asesinato de Nora... ¿eh?

Me fui recto a ella.

Una vez más pareció leerme el pensamiento.

—¡Anda, hombre, pégame! Hazlo. Si has de sentirte mejor..., ¿por qué no?

Juro por lo más sagrado que la hubiese estrangulado ahora, en aquel instante, con fervor. Con verdadero placer.

Pero sabía que luego no habría conseguido asfixiar mi conciencia.

Me derrumbé en la butaca.

—Tú ganas, Penélope —dije. Preguntando a renglón seguido—: ¿Por qué hemos de suponer que fue el Gobierno?

—¿Cambia algo que fuera la McDonnell y Griffith Armament? Los brazos ejecutores de uno y otra son idénticos.

—No tenemos pruebas de nada, Todos son suposiciones, conjeturas.

—Busquemos esas pruebas juntos. Tú y yo, Osiris.

—¿Venganza? —Arqueé las cejas.

—Justicia. Aunque tú, en el fondo, pronto clamarás por la venganza.

—Creo que tienes razón. Acabaré ofuscado y...

—Y entonces te coserán a tiros en la primera esquina. No es por ahí, Osiris.

La miré con mucho interés. Aquella muchacha, además de decidida, era muy inteligente. Pensaba. Y lo hacía con claridad.

—¿Adónde quieres ir a parar, Penélope?

—Hay que saber exactamente cuál fue el invento o descubrimiento de Wilford Sharp. A partir de ahí los tendremos atrapados.

—¿Y te parece fácil eso? —Logré sonreír por primera vez desde la muerte de Nora.

—¡Si un tipo como tú no lo consigue, ya me contarás...!

—Para todo en la vida hace falta un punto de partida.

—Lo hay y se llama Charles James Preston.

—¿Quién es ése? —pregunté por enésima vez.

—El último de la terna compuesta por él, mi padre y Wilford Sharp. Pero Preston estaba más cerca del científico que mi padre. A sus condiciones como técnico y ayudante en el proyecto unía las de secretario personal y particular.

—Hablas en pretérito —señalé—. ¿Es que el tal Preston ha dejado de ser todas esas cosas...? Dejó de serlo quiero decir, ¿antes

del asesinato de Wilford Sharp?

—Acertada deducción, Osiris —me sonrió con aquella facilidad que Penélope tenía para distender sus labios sensuales y carnosos, de agrietado y excitante color carmesí. Añadiendo—: Charles James Preston ha resultado ser el más listo de los tres. Desapareció de escena veinticuatro horas antes de que se consumara el atentado contra Sharp.

—Entonces... —Me encogí de hombros—, seguimos en las mismas.

—Nones —negación y sonrisa a un tiempo. Y aclaración también —: Preston está en Suiza, en Ginebra concretamente.

—¡Pero...! ¿Cómo lo sabes?

—Creo haber mencionado a un detective muy eficiente, ¿no?

—Te debe costar un huevo todo ese proceso de...

—No —me cortó con un guiño picaresco—, porque yo no tengo de eso, Osiris. Aunque no niego que soy una mujer activa, dispuesta, muy vehemente incluso. Me he gastado dinero, sí. Pero no con los servicios de Kris Moore, sino con los de aquéllos a quienes ha tenido que «untar» para obtener respuestas y datos.

—¿Kris... es el pesquiza? —La vi asentir y lancé otra pregunta—: ¿Trabaja por la cara?

—Está enamorado de mí.

—Entiendo. ¿Cómo habéis sabido que Charles James Preston está en Ginebra? —Porque su talón de Aquiles, su exuberante y explosiva amigueta, Melanie Wood, salió ayer por vía aérea rumbo a Ginebra. Elemental, mi querido Osiris. ¿No te parece?—. También lo saben los... ejecutores del Gobierno o de la McDonnell y Griffith Armament —me salió una segunda y amplia sonrisa al agregar—: Elemental, mi querida Penélope.

—Pero hemos de confiar en que tú seas más hábil y diestro que ellos para encontrar a Charles James Preston, ¿verdad. Osiris?

—Dame tiempo —largué de súbito.

—¿Para qué...? —La vi sorprendida y extrañada ante mi actitud de talante conservador.

La respuesta mía la rompió en una de sus sonrisas contagiosas.

—De hacer la maleta e irnos juntos al aeropuerto. No pretenderás que viaje con este aspecto, ¿verdad?

—Estás hecho un asquito, desde luego.

Nos incorporamos al unísono quedando frente a frente, muy juntos, casi rozándonos.

Percibí el tibio efluvio que transpiraban los pechos de Penélope.

Y los tuve aplastados contra mi tórax, enervándome, cuando ella me besó en la boca con pasión.

Se me nubló la vista y un panorama rojo se extendió frente a mis pupilas.

Fue un impulso animal el que me llevó a despojarla de aquel grueso jersey blanquirrojo bajo el que no existía sujetador y facilitó mi ansia primitiva de adueñarme de sus pechos, de saborearlos con fiera brutalidad.

Ella se contrajo en un espasmo y se me entregó febril.

Penélope sabía que yo estaba haciendo mía a Nora Wilkinson a través de su cuerpo exuberante y ardiente.

Cierto..., creí estar haciendo el amor con Nora.

Algo que jamás volvería a suceder.

Cuando la última contracción, el postrer chispazo de éxtasis cedió su lugar al relax me hice a la verdad, capté la real tragedia: era Penélope. Muy deseable, sí. Pero distinta a Nora.

Tenía que acostumbrarme, que hacerme a la idea de que el amor ya no pasaría jamás a través de los ojos, la boca, la sonrisa y el cuerpo de Nora Wilkinson.

La pasión ya no volvería a llegar nunca desde el fondo de sus entrañas por medio de su carne ardiente, contagiándome, excitándome, naciendo que la deseara más que nunca.

Porque ya no la tendría nunca.

NUNCA...

—Lo siento, Osiris —susurró la muchachita—. No he debido hacerlo.

Rocé fugazmente sus labios.

—Me has hecho un bien, Penélope. Y soy quien debe pedirte perdón por no haber...

—Dejemos eso, Osiris. ¿Vas por esa maleta?

Empecé a vestirme.

—O. K. Dentro de una hora en el John Fitzgerald Kennedy International Airport, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. Yo sacaré los billetes. Tenemos un vuelo a las 7.35 p. m.

Cogí un taxi minutos después y le di las señas del piso que Nora y yo nos compramos, antes de casarnos, en la ciudad de los rascacielos, porque por razones profesionales de ella habíamos fijado en la ciudad del Empire State Building nuestro domicilio.

—1086 de Astoria Boulevard, en el Bronx.

—Vamos para allá, amigo —dijo el taxista echándome un vistazo por el retrovisor y poniendo en marcha el vehículo.

Me sumí en lo más profundo de mis sentimientos y pensamientos.

Admitiendo el cambio radical que en unos y otros había obrado la súbita aparición, en mi vida, de Penélope Roth.

¿Otra... *casualidad*?

Ese vocablo me hizo estremecer primero y erizar los cabellos de la nuca después. No sé por qué me vinieron a la memoria unas recientes palabras de la hermosa y ardiente morenita de sorprendentes ojos azulados:

—... *Pronto clamarás por la venganza.*

No sé por qué.

Pero la frase repiqueteaba en mis sienes. Las martilleaba.

—Hemos llegado, amigo. Son tres con cincuenta.

Pagué, poniendo pie a tierra.

CAPÍTULO III

Me conozco bien y supe que no se trataba del deseo expreso de la venganza, no.

Eso aparecería después.

Pese a la conversación sostenida con Penélope, vivificadora conversación en varios aspectos al fin y a la postre, todavía no acababa de asimilar la dolorosa tragedia que sobre mí se abatiera setenta y dos horas atrás.

La putada del destino no conseguía encajarla.

Resultaba muy difícil hacerse a la idea, así, de golpe y porrazo, de que no la volvería a ver más.

De que estaba muerta.

De que Nora Wilkinson era una parte de mi pasado que la historia de la vida diluía ya en las tinieblas de la muerte.

La vida, la muerte... ¡Qué términos más ambiguos!

Por todas esas razones y un sinfín más supe que no se trataba de venganza, no. Más bien cabía decir que la nota dominante de mis sentimientos podía definirse con una palabra lapidaria y muy concreta: DESESPERACION.

Estaba desesperado. Ésa es la verdad. La única realidad que se desprendía de la propia realidad de la cruel existencia... de *mi cruel existencia*. Al menos, desde hacía tres fechas. Lo supe, sí.

Como también supe después que la llave giró en la cerradura y abrí la puerta de par en par que no estaba solo en la casa.

Me esperaban.

Lo supe.

Y en menos de lo que cuesta explicarlo me tiré de bruces al suelo.

Fracciones de segundo antes de que sonara el primer taponazo.

¡PLOC!

Yo, estaba girando en tierra.

¡PLOC!

Sólo así y por milésimas de milímetro pude hurtar mi naturaleza a los plomos que escupía el arma provista con silenciador que empleaba el asesino.

Cuando se escuchó el apagado eco del cuarto taponazo, me apoyaba en el suelo sobre la palma de ambas manos para cambiar el sentido de rotación, hasta entonces imprimido a mi cuerpo, girando sobre mi propio eje en lugar de hacerlo desplazando mi epicentro. Luego, como si tuviera muelles, desafiando los proyectiles y la muerte, salí lanzado hacia atrás.

Me orientaba en mi circense evolución por la procedencia de los ahogados disparos y así mis piernas, cocearon la cara del asesino, aunque éste confiaba en alcanzarme antes de que entrásemos en contacto.

Consciente de mi brutal impacto, quebré de cintura a la derecha buscando incorporarme.

Pero aquel tipo no era un aprendiz y me salió al encuentro, medio aturdido todavía, metiéndome la rodilla en los genitales.

Noté un gran calor y náuseas, pero me sobrepuse. Porque en los entrenos me habían golpeado muchas veces *allí* con la finalidad, precisamente, de aprender a soportar el dolor.

Algo bueno y útil tenían que enseñar los de la Central.

Mis brazos se movieron como aspas de molino y los cantos de las dos manos se estrellaron contra los flancos del individuo.

Entonces lanzó un aullido, soltando la pistola.

Le clavé la puntera del zapato izquierdo en los... *suyos*.

Pero también estaba hecho al arte de encajar y asimiló bastante bien el golpe y el dolor subsiguiente.

No obstante, durante segundos, boqueó. Lo que aproveché para incrustar mi puño diestro en su nariz haciéndosela astillas y convirtiendo su jeta criminal en un surtidor de sangre.

Sigo insistiendo en que el tipo estaba acostumbrado a tales menesteres porque tuvo, cuando le creía acabado, una reacción sorprendente que estuvo en un tris de costarme cara.

Hizo como que se derrumbaba.

Y yo bajé la guardia, acercándome, en plan de triunfador.

—Ahora hablaremos tú y yo, hermano —fe dije.

¡Joder si hablamos!

Rompiendo con los moldes de la lucha elegante, del karate, el tae-kwon-do y demás artes marciales que sus entrenadores seguramente le habían enseñado, me largó una bestial patada en mitad de la boca del estómago aprovechando, como acabo de decir, que me acercaba a él en plan triunfador.

Se me cortó la respiración y creí asfixiarme por falta de aire en los pulmones. Su puño zurdo buscó mi cara alcanzándome en el mentón porque, *in extremis*, ladeé la testa. Pero me fui atrás, disparado, tropicando contra la rinconera del recibidor y derribando unas graciosas figurillas que Nora había comprado para decorar aquel punto.

Se hicieron añicos. Como hecha añicos estaba mi mente. Con los pensamientos rotos y las vista nublada.

Mi antagonista me enseñó sus dientes en feroz sonrisa al tiempo que exhibía una navaja italiana.

Con el acero por delante, me dijo:

—Te voy a pinchar...

Su mano trazó un velocísimo zigzag frente a mis aturcidas pupilas.

Moví la cabeza obedeciendo a un instinto reflejo.

Pero me marcó la mejilla.

¿Cómo podía estar yo tan torpe?

Me llevé los dedos a la cara y las yemas casi se adhirieron a la piel porque la sangre obró como un pegamento.

Atontado llevé las huellas ensangrentadas tocía mis ojos como si necesitara verlo para dar crédito a...

Saltó el tipo hacia mí.

Lo eludí en intuitivo escorzo.

SANGRE...

—¡Te mataré, mal nacido! —Escupía, girando a mi alrededor mientras yo daba unos pasos atrás—. ¡Se acabó!

Otro zigzag.

Pero ahora no. Esta vez, no.

Me limité a romper de cintura frente a su acometida y la velocidad le llevó a rebasarme sin que me rozara tan siquiera con el acero. Estiré una pierna y el asesino se estampó de bruces en tierra.

Atrás y salté.

Encima de él.

—¡¡AAAAAAAAAG!!

El rugido tenía razón de ser.

Acababa de partirle el espinazo.

Al instante lo atrapé por el cuello de la chaqueta arrastrándolo afuera del piso, luego de cerciorarme de que nadie transitaba por el rellano. Continué con él a rastras hasta la portezuela del ascensor. Inclinandome, lo registré, guardando cuanto hallé en sus bolsillos.

Luego, con una ganzúa especial del juego que llevaba en un estuche extraplano,forcé la cerradura de la puerta del ascensor, restablecí el circuito para que el cajón circulase, pulsé el botón, y cuando el cubículo ascendía... arrojé al tipo por el hueco cerrando de inmediato la portezuela.

Así se hacían las cosas en el mundo de Death Captain. En el mundo cruel donde un asesino tenía que anticiparse a otro para seguir viviendo. Yo había abandonado aquella galaxia de la violencia con sincera renuncia..., pero una trágica casualidad me volvía a integrar en ella.

Me toqué la mejilla para comprobar que seguía sangrando.

¿Por qué trataban de eliminarme?

El razonamiento era bien sencillo: Quienes quiera que fuesen sabían ya que la maldita y cruel casualidad había enviado a Nora Wilkinson a la sepultura y sabían también que el marido de Nora figuraba no ha mucho en las listas de la Central con el nombre clave de Death Captain y sabían, en consecuencia, que Death Captain no iba a contemplar impasible, con los brazos cruzados, el asesinato de la mujer que tanto amaba.

Aunque se debiera a la fatal casualidad.

Yo me había convertido en un grave peligro y estaban obligados a liquidarme lo antes posible.

Aunque... de no aparecer Penélope, ¿cómo hubiera reaccionado yo realmente?

Eso no importa mucho.

Y ellos no podían detenerse ante la duda.

Regresé al piso.

Ellos obraban acordes con la lógica, sí. Y la lógica más elemental dictaba eliminar a Osiris von Sydow.

Cerré la puerta.

—Un trabajo agotador el suyo, ¿verdad, Osiris?

Me revolví.

—¡Tranquilo..., tranquilo! —El hombre me enseñaba la palma de sus manos por delante, abiertas, limpias, blancas—. Nunca uso armas, amigo. Le conocía. Por eso pregunté: —¿Qué hace usted aquí, señor Caine?

Me sonrió.

—Reconozco que he sido bastante inoportuno, pero le aseguro que sé guardar absoluto silencio cuando las circunstancias así lo requieren. He llegado justo en el instante en que usted se encontraba... digamos muy atareado al pie del ascensor y he preferido no interrumpirle y esperarle en su domicilio. La puerta estaba abierta y...

Brian Caine era uno de los ejecutivos de la International Armament.

—No ha contestado usted a mi pregunta —largué, agresivo.

—Me envía el señor Newman para que le exprese en nombre propio y en el de la empresa sus más sinceras condolencias. Todos estamos abrumados por la desgracia, de veras. Ha sido horrible. Entendemos cuál debe ser su estado de ánimo. El señor Newman, particularmente, entiende también que usted necesita un descanso... y ése ha sido el motivo de mi viaje a Nueva York. Tómese todo el tiempo que crea conveniente... —Le vi meter la diestra en el bolsillo interior de la chaqueta y extraer un papel rectangular, un talón bancario más concretamente, que tendió hacia mí. Diciendo—: Desmond Newman le ruega que acepte... *esto*.

Lo cogí, más por curiosidad que por otra cosa. La cifra, me produjo escalofríos: CIEN MIL DOLARES.

Sin emoción aparente, quise saber:

—¿En concepto de qué, señor Caine?

Trató de ser muy cordial al contestar:

—Bueno..., pienso que en estas circunstancias los conceptos y los porqués no importan demasiado. Creo que lo verdaderamente positivo es la atención, la intención y el interés. ¿No le parece así, Von Sydow?

—No —negué. Añadiendo—: ¿Qué me pretende decir el señor Newman o la International Armament a través de este cheque, Brian

Caine?

Me miró, ahora, hoscamente. Anunciando:

—Creo que es usted un resabiado que no cree en la buena fe de los demás, Osiris von Sydow. Donde no hay fantasmas, los busca. Si no existen los enigmas, los inventa... No llegará muy lejos con esas teorías y esas posturas.

El puñetazo que estrellé sobre su cara de administrativo chaquetero, de rufián de guante blanco, lo catapultó contra la pared haciendo que rebotara en ella.

Sin darle tiempo a que se recuperara lo alcé por las solapas de la chaqueta llevándolo en volandas hasta el rellano exterior para dejarlo en tierra con violencia.

—Usted y Desmond Newman se pueden ir a la mierda..., ¿lo entiende? Dígale a su sucio jefe que tengo la suerte de no pertenecer ya a la plantilla de la International Armament y que me voy a limpiar el culo con el contrato que firmé, ¿está claro?

Movió varias veces la cabeza en sentido afirmativo.

—¡Sí, sí, sí...! ¡Pero no me pegue! —decía, sacudiendo su cuerpo oleadas de miedo—. Puede ir a la policía y contarle lo que ha visto en ese ascensor... —extendí el brazo hacia la izquierda. Sentenciando—: Pero no vivirá para saber lo que falla el jurado, ¿entiende?

Como lo había soltado echó a correr escaleras abajo.

Guardé el talón en el bolsillo porque aquel dinero me podía hacer mucha falta. Y nada mejor ni más irónico que combatirlos con sus propios dólares.

Regresé al piso y antes de meter cuatro prendas en la maleta estudié los papeles hallados en el cuerpo del asesino. Mejor en sus ropas.

Se llamaba Jeff Grodin y era francés. Al menos eso decía el pasaporte. Y su permiso de conducir extendido en París.

Eso me hizo recordar que Robert Proval, ejecutor en el aeropuerto de Washington, también había venido de París.

Un dato a considerar.

Ahora centré mi atención en restañar la herida de la mejilla.

Después, la maleta.

Salí al cabo de veinte minutos poniendo rumbo al John Fitzgerald Kennedy International Airport.

CAPÍTULO IV

Al poner los pies en el vestíbulo del aeropuerto se me nubló la vista.

Obviamente tus recuerdos estaban muy frescos en mi cerebro.

—¡Osiris...! ¡Por fin! Me tenías preocupada.

Forcé una mueca que pretendió ser sonrisa.

—Mala hierba nunca muere.

Penélope se percató entonces del apósito que cubría mi mejilla.

—¡Osiris! —exclamó otra vez—. ¿Qué ha ocurrido?

Sin más preámbulos se lo largué. Incluyendo la visita del ejecutivo de la International Armament.

—Me lo temía... —susurró, apretándose deliciosamente contra mí. Y añadió—: Me siento responsable de...

—No digas eso, Penélope. Nora me abrió una vez los ojos y tú lo has hecho ahora. Las circunstancias han sido distintas pero la fórmula válida. Te estoy agradecida, pequeña. —Algo sí hay de positivo, Osiris.

—¿Qué...?

—Te temen.

—Eso será hasta que me maten —sentencié.

—¡Por favor, Osiris! Ven..., quiero presentarte a alguien.

Me supuse que se trataba de su enamorado detective Kris Moore y así fue. Nos esperaba en la cafetería. Un tipo jovial y simpático con pinta de atleta y maneras deportivas.

—Hola, Osiris —dijo al estrecharme la mano—. Siento mucho lo de tu esposa.

—Gracias, Kris.

—Quiero pedirte un favor —me soltó de repente.

—Si puedo...

—Cuida mucho de esta testaruda —señalaba a Penélope—. Se

está esforzando en hacerse el mundo a su manera y las situaciones a su conveniencia sin pararse a pensar que todo nos lo dan hecho, nos guste o no nos guste.

—Lo intentaré, Kris. Palabra.

—He podido averiguar hace pocos minutos —me dijo el detective—, que Melanie Wood se hospeda en la Residence Carl-Vogt, en el 12 del bulevar Carl-Vogt.

Es un edificio de apartamentos y estudios. El teléfono es el 317 494.

—Eres un artista. Kris —fe sonreí.

—¡Ay, Osiris! ¡Lo que no haga un hombre enamorado! Y lo peor no es eso, no.

Enamorarse al fin de cuentas es agradable...

—¿Qué es lo peor entonces, pesquisa?

Hizo un gesto de sincero abatimiento.

—No ser correspondido.

Miré a Penélope.

—Cómo no amas a este muchachote robusto, deportivo y además detective que está loco por ti, ¿eh?

Se puso roja como la grana.

—¡No seas ridículo, Osiris! —exclamó—. Ésa no es cuestión tuya... ni de él tan siquiera —y cambiando radical el curso del diálogo, inquirió—: ¿Tornamos unos bocadillos?

—Puede que tengas razón —admití.

Nos sentamos en una de las mesas del restaurante del aeropuerto.

Mientras el camarero iba a por las vituallas, dijo Kris:

—Si consigues que Charles James Preston suelte la lengua lograrás atar de pies y manos a los todopoderosos caballeros de la International, de la McDonnell y a muchos responsables de la política de Washington. —Para eso hará falta primero que dé con Preston.

—No puede andar muy lejos de Melaine —intervino Penélope—. Bebe los vientos por ella.

—Esperemos que así sea —dije, siempre con un talante de duda.

—¿No estás seguro de ti mismo, Osiris? —inquirió, molesta, la

hermosa y decidida chiquilla de tos ojos azules.

—Estoy bajo el impacto de una tragedia. La desesperación priva sobre los demás sentimientos y obnubila el intelecto, pequeña. Espero que pase pronto.

—Te comprendo... ¡No vayas a pensar lo contrario! —Ponía énfasis en sus palabras y un brillo muy especial en sus hermosos ojos azules..., brillo que el detective supo interpretar adecuadamente porque él, antes que yo y puede que antes que la propia Penélope, supo que ella estaba enamorada de mí. Añadió la chica—: Pero quiero que reacciones y tu mente esté despierta, despabilada, para actuar con efectividad.

Vino el camarero con los bocadillos.

—Tranquila. Conseguiré que Donald McDonnell, si es el auténtico responsable de todo lo sucedido, si tiene el más mínimo porcentaje inculpatorio en la muerte casual de Nora Wilkinson..., conseguiré que se arrastre a mis pies suplicando piedad.

—No creo que seas un tipo que se distinga por piadoso —apuntó con extraña sonrisa, Kris Moore.

Mi sonrisa fue todavía más elocuente al responder:

—Crees bien, Moore..., muy bien.

Comimos en silencio y hablamos de otras cosas hasta que por el altavoz se anunció la próxima salida de nuestro vuelo a Ginebra.

Cuando ascendía por la escalerilla rumbo a la panza del enorme reactor me hice el firme propósito de abandonar mi desesperación en suelo americano.

Porque era imprescindible, necesario, que en el aeropuerto de Génève descendiera del avión un hombre frío, calculador, expeditivo... calificado por la Central como Death Captain.

SEGUNDA PARTE

ESPIRAL DE VIOLENCIA

CAPÍTULO V

Habíamos aprovechado el largo trayecto aéreo, el paso de un continente a otro, para elaborar un plan de acción.

Penélope conocía a Preston y no era conveniente que se instalara en la residencia

Carl-Vogt

para evitar que la casualidad volviera a jugar una mala pasada y él se percatase de la presencia de ella.

Pero la suerte quiso aliarse con nosotros y frente al lugar se alzaba otro edificio de apartamentos, House Joailliers, y pronto Penélope pasó a formar parte del censo de inquilinos.

Fue fácil conseguir una estancia con vistas a la calle. Desde el ventanal ella y sus prismáticos vigilarían constantemente la entrada del inmueble donde se alojaba Melaine y donde iba a hacerlo yo dentro de unos instantes.

Si Charles James Preston aparecía, Penélope se pondría al momento en contacto conmigo vía teléfono.

Yo, de todas formas, trataría de acercarme al amor loco del científico y secretario del fallecido Wilford Sharp, a ver que sacaba.

Aparecí delante del encargado de los apartamentos

Carl-Vogt

que tenía una pinta de golfo y enterado que echaba de espaldas.

Con aquellos fulanos daba gusto tratar porque te entendías pronto con ellos.

—¿Se aloja en esta casa Melanie Wood?

—

¡M'sieu

, por favor! No puedo facilitar esa clase de información. La mayoría de mis inquilinos buscan el alejamiento, la tranquilidad...

Le enseñé el dinero.

—¡Coño! Son dólares, ¿no?

—Cien.

—Se aloja aquí.

Ya he dicho que daba gusto tratar con aquella clase de elementos.

—¿Está libre el apartamento adyacente? —Y acompañé la pregunta con la exhibición de cincuenta más.

Puso unos ojos muy enormes. Y una cara de sinvergüenza impresionante, para lo cual, no hubo de esforzarse lo más mínimo.

—Creo que sí... ¡Pero no se preocupe porque si está ocupada cambio al que sea!

—Es usted una mina, amigo.

—La mina es usted,

m'sieu

. ¡Ajá! Tenemos suerte. No hay nadie. Venga, le acompañaré. Subió conmigo, llevando mi maletín, hasta el cuarto piso.

—Ésta es su puerta... —dijo, deteniéndose frente a la señalada con la letra «K»—, y ésa la de *miss Wood*.

—Gracias. ¡Ah, oiga!

—¿Sí,

m'sieu

?

—Es fácil que me llamen con frecuencia por teléfono...

—Entiendo. Y tranquilo. Sus llamadas le serán pasadas al momento.

—Eso espero.

Me metí en el apartamento observando que era espacioso y decorado con buen gusto.

Busqué en seguida el tabique que lindaba con el de la Melanie pegando el oído a él.

No percibí el menor ruido. A través del muro sólo me llegaba un silencio de sepulcro. Luego de abrir el maletín y colgar la ropa en el armario, cambié mi indumentaria por otra de talante deportivo a base de cazadora de pana, tejanos del mismo tejido y botas *beige* de media caña.

Antes de ceñirme la cazadora me ajusté el correaje a los hombros y metí en la funda sobaquera una Magnum calibre 38, y en

la cintura, entre pantalón y camisa, una Browning del 6.35. Luego sí, luego ceñí la cazadora y abandoné mi apartamento para acudir a golpear la puerta del de mi vecina.

Zumbó el timbre con su runruneo musical.

Como quince segundos después escuché un taconeo femenino que se acercaba y una voz cálida, inquiriendo a través de la hoja de madera:

—¿Quién...?

—¡*Bonjour, mademoiselle!* —exclamé con un francés de ir por casa, pero que pronunciado de prisa tenía su garra—. *Pardon.* Soy el jefe de mantenimiento. Se trata de una ojeada rutinaria...

—Está bien...

Se abrió la puerta.

—¡Hola, Melanie! ¿Qué tal por Ginebra?

Se quedó perpleja primero y al instante siguiente, superada la sorpresa, trató de darme con la madera en las narices.

Lo esperaba. Y lo evité interponiendo mi zapato entre el dintel y la puerta.

—¡Oh no, *ma petite chérie!* No seas desconsiderada... —empujé con fuerza la puerta y la mujer se fue atrás acompañándola—. Tenemos que hablar tú y yo, prenda.

Me miraba con temor.

—¿Quién... quién es usted?

—De tú, prenda, de tú —sonreí mostrándole mis dientes blancos, feroces, y cerrando tras penetrar del todo en el apartamento—. Como si nos conociéramos de toda la vida.

Retrocedía con torpeza. Yo hacia ella.

—¿Qué..., qué quiere de mí? —Y en la pregunta me pareció escuchar un acento convicto de que ella sabía lo que yo quería, de que tenía la certeza del motivo de mi súbita aparición llamándola por su nombre de pila—. ¡No me haga daño, por favor!

—Si no me obligas...

Habíamos llegado al dormitorio.

Las corvas de Melanie chocaban contra el borde del lecho.

Era una tía de mundo, eso estaba claro para mí. Físicamente era de voluptuoso y sensual atractivo. Una mujer de cama capaz de volver muy loco a un hombre en la cama, porque se leía en sus carnes que había de montárselo pero que muy bien de sábanas para

adentro. Sus pechos volcánicos, generoso y firmes, palpitaban con furor sexual, convertido en nerviosismo ahora, despidiendo un magnetismo frenético, una peligrosa energía para el que se aficionara a beber en aquellas fuentes que rezumaban pasión y placer.

Sus ojos de color almendra, muy grandes, vivos y móviles, chispeaban lubricidad mezcladas en aquel momento con recelo y temor.

No tenía ganas de perder el tiempo. Ni por qué andarme con rodeos. Así que se lo dije:

—Quiero entrevistarme con Charles James Preston.

Se encogieron sus pupilas, crispándose, hacia el interior de las órbitas.

—No le conozco —quiso aparentar entereza. Añadiendo como si ya le tomara el pulso a la situación—: Creo que te has equivocado de puerta, hermano.

La saqué, al instante, de su craso error. Tomarme a mí por idiota era peligroso.

Le crucé la cara con dos soberanas bofetadas despatarrándola encima de la cama. Pude ver que iba sin bragas.

—¡Hijo de puta! —Me escupió.

Salté para castigarla con mayor virulencia.

—Te voy a señalar la cara, víbora.

—¡Basta..., basta! ¡Te lo suplico!

La dejé. Pero le dije:

—Me importa un pimiento dejarte hecha una mierda, ¿está claro?

Sí que lo tenía claro, porque aliviándose el escozor de las mejillas y con chispas de agua e ira asomando al borde de sus pupilas, dijo:

—Aún no se ha puesto en contacto conmigo.

—Ya.

—¡Te juro que es cierto!

—Has venido a Ginebra y no sabes dónde está él, ¿es eso?

—Sí. Quieren liquidarlo y es lógico que tome precauciones.

—¿Tengo cara de imbécil, Melanie?

Se crispó, echándose todo lo atrás que podía.

—¡Te juro por Dios que es la verdad!

—Deja a Dios en paz, ramera —escupí—. El no quiere saber nada de gente como tú y como yo... ¿Qué te dijo Preston antes de largarse?

—Que viniera a este lugar de Ginebra y esperase sus noticias.

—¿Estás segura de que no te dijo nada más? —insistí.

—Completamente.

—Bien.

El campanilleo del teléfono me cortó la frase.

—¿Lo cojo...? —me preguntó con mirada temerosa.

—Por supuesto, muñeca. Pero mucho cuidado con lo que dices, precaución con el tono y acento que empleas al hablar, porque te garantizo que si tratas de jugármela, ni Charles James Preston ni ningún otro hombre, te pedirán por ir a la cama en lo que te quede de vida. ¿Entiendes?

Cabeceó afirmativamente y estiló el brazo hacia el auricular del aparato que reposaba sobre la mesita de noche.

—¿Sí? ¿Diga?

Melanie Wood con ojos sorprendidos me miró, preguntándome al tiempo que ponía la palma de su mano encima del micro:

—¿Te llamas Osiris?

—Yes, muñeca.

—Es para ti... —Y me tendió el auricular.

—Osiris al habla, ¿quién llama?

—Soy el recepcionista,

m'sieu

Von Sydow. La llamada es para usted y como no contestaba en su apartamento he pensado que quizá... ¿Le paso?

—Sí, inteligente. Pero procura no ir demasiado lejos en tus deducciones, ¿eh? Soltó un ronquido y me pasó la llamada. Oí al momento la voz ansiosa de Penélope, inquiriendo:

—¿Osiris..., eres tú?

—¿Quién sino, princesa?

—¡Déjate de bobadas! ¿Qué haces en el apartamento de esa tía?

—Olvidemos las cuestiones... particulares, ¿te parece? ¿Por qué llamas?

—Ha entrado en el edificio...

—¿Preston? —la corté, ansioso.

—¡No! —exclamó ella desde la casa de enfrente. Agregando—:

Un tipo que vi en alguna ocasión en compañía de mi padre. Creo que se llama Terence Smith y que tiene o tenía algo que ver con el equipo de Sharp. Quizá ahora sea el encargado de establecer conexión entre Charles James Preston y Melanie.

—Posiblemente, pequeña. Te llamaré luego con las noticias, ¿hace?

—Hace... ¡y cuidado con lo que haces! Y conste que lo digo por el bien de nuestra causa común y no por...

—Ya.

Colgué. Porque el fulano podía estar cerca y yo tenía que prepararme para recibirlo adecuadamente.

—¿Te dice algo el nombre de Terence Smith, golfa?

—Es amigo de Charles. ¡Y no me insultes más!

—¡Pues dime cómo hay que llamar a las mujeres de tu calaña, muchachita!

—Eres un tipo odioso.

—Lo sé. Pero no me lo repitas porque volveré a tocarte la cara. Sonó el zumbador.

—¿Abro...?

—¡Joder! O te quedas corta o te pasas. Acabarás pidiéndome permiso hasta para mear. Abre...

Yo me situé a la izquierda justo en la parte que cubría la madera al abrirse y venir para adentro.

—Hola, Melanie...

—¡Cuida...! —Inició ella la exclamación.

Pero tarde.

Porque salí del eventual escondrijo dándole un violento empujón que la estampó contra la pared de enfrente y al tipo le metí la punta de los dedos de la diestra en el plexo, antes de que tuviera tiempo de entender y enterarse de lo que allí pasaba, cazándole cuando se agachaba con un crujido en mitad de la jeta que lo puso patas arriba.

Lo arrastré por los tobillos apartamento adentro.

Y para espabilarlo le sacudí un punterazo en el flanco.

Vi cómo se retorció, preguntándole:

—¿Dónde está Charles James Preston?

El dolor había enrojecido aquellas pupilas que me miraban, asustadas y estrábicas.

Melanie hizo, a mi espalda, un amago agresivo.

Revolviéndome, la pillé in fraganti para castigar, sin piedad, su rostro aún irritado.

—Quieta ahí, en tierra, porque a la próxima te pisoteo.

—¿Quién..., quién es este hombre, Melanie? —articuló el recién llegado y puntualmente vapuleado, con mezcla de confusión y pánico.

—El Llanero Solitario, Smith. ¿O es que no me parezco? Te he hecho una pregunta y no creo que tenga que hablarte de mi poca paciencia y mis métodos nada ortodoxos, ¿verdad?

—Comprenda..., por favor..., le ruego... —Trataba de incorporarse, pero lo evité con un punterazo en la boca que le hizo escupir sangre a borbotones. Aulló—: ¡Aaaaaay! ¡Déjeme...!

—¿Dónde está? Si es preciso te mataré, Terence Smith.

Extendió los brazos hacia arriba.

—¡Espere... ESPERE! —Me sabía capaz de cumplir la amenaza. Tomó aire y sin andarse más por las ramas, largó—: En el Bristol Hotel. Habitación 107.

—¿Bajo qué nombre se hospeda?

Se contrajo su rostro al comprender que de nada le valía decirme la verdad a medias. Experimentó unos instantes de duda, pero mi expresividad le disuadió de la idea peregrina de guardar silencio.

Soltando de un tirón:

—¡Van Karon!

—¿Estás seguro de no equivocarte?

—No, no... —Movié la cabeza con nerviosismo—. Van Karon. Tiene pasaporte falso a ese nombre.

—Bien. Espero por tu bien que todo cuanto me has dicho responda a la verdad, Terence Smith. Porque si me has mentido en una sola coma... más te valdría no haber nacido.

Acto seguido con una habilidad y práctica que un año no podía llevar al olvido, los amordacé y maniaté a los dos. En mucho menos tiempo del que pasaría contándolo con detalle. Bajé a recepción.

—Mi deductivo colaborador... —Fe mostré otro de cien que él, presto, hizo desaparecer en su bolsillo—, en la cuarta planta, apartamento «L», se encuentra una pareja que no desea ser molestada en mucho tiempo.

—Entiendo,

m'sieu

—me sonrió el golfante. Y añadió con un significativo guiño—: Y descuide. Nadie les molestará hasta mañana por lo menos.

—Lo dicho, *mon cheri*, ¿eres una mina!

Salí, rumbo al House Joailliers.

—¡Me haces ir de sobresalto en sobresalto! —exclamó Penélope, al verme.

—Eso te pasa por ser tan vehemente, pequeña.

—Tu mordacidad me carga, Osiris. Tengo ganas de que esto termine para perderte definitivamente de vista.

—Nadie lo diría a juzgar por el interés que pusiste en el cementerio para reclutarme en bien de tu causa.

—*Nuestra causa* —matizó, furiosa, NUESTRA.

—¿Tenemos que discutir?

Me besó, así de golpe, en la boca.

Saboreé sus labios porque muy a mi pesar y muy en el fondo, la estaba deseando de nuevo.

Jadeábamos. Brillaban nuestros ojos. Pero la responsabilidad se impuso a los demás sentimientos... instintos mejor.

—Sé dónde está Charles James Preston.

—¡Bravo...! ¿Dónde?

Se lo dije, agregando:

—Pero no se me hace que esto pueda ser tan fácil, Penélope. Ese tío no puede andar por ahí de imbécil y dejar que lo cacen sin apenas esfuerzo. Escúchame con atención...

—Sí, Osiris. ¿Qué quieres que haga?

Se lo dije, como antes le había dicho todo lo demás.

CAPÍTULO VI

Me colé en el Bristol Hotel por uno de los accesos que empleaba el servicio.

No me fue difícil orientarme hacia el sótano donde se encontraban los vestuarios del personal.

Franqueaba la puertecilla metálica cuando un tipo me salió al paso, exclamando:

—¡Oiga...! ¿Adónde va? ¡Usted no es de la casa!

—¡Pero qué psicólogo, muchacho!

Y justo con el final de la interjección le endosé el puño en el pecho estando en un tris de atravesárselo.

Tan brutal fue la andanada que salió en vuelo directo para estrellar la espalda, con notable estrépito, contra uno de los armarios metálicos del guardarropía.

Se dobló al pie de aquél sin sentido.

Tras meterle un pañuelo en la boca y cruzarle otro por delante atado a la nuca, lo encerré en el armario. Después, velozmente, me busqué un uniforme de conserje porque de botones me suponía muy ridículo. Lo encontré, no a mi medida, pero tampoco me quedaba muy mal.

Procurando no ser visto y eludiendo ya todo contacto violento con nadie me dirigí a la habitación 107 sin que ningún nuevo problema me saliese al encuentro. Ciñéndome la visera de la gorra y estirando los faldones del uniforme, llamé:

—Señor Karon... —anuncié tras los golpecitos—. Le traigo una nota. Abajo, en recepción, hay un caballero que pregunta por usted. Me ha dado este sobre...

Se abrió la puerta y pasé.

En exceso confiado, desde luego.

Porque el hachazo que me sacudieron en mitad de la espalda hubiera sobrado en potencia para partir en dos a otro que no tuviera la capacidad de asimilación que me habían enseñado a tener los de la Central.

De todas formas creí que la columna vertebral me había estallado en pedazos.

Sentí latigazos y convulsiones dolorosas hasta en las uñas de los pies.

Y el subsiguiente golpe me lo llevé al estamparme de bruces contra la alfombra. Sin darme tiempo a recobrar el resuello, alguien me largó una patada al costado que me hizo vomitar una exclamación de rabia enredada con saliva.

—¿Has visto qué guapo, se ha puesto nuestro visitante, Charles?

—Echadle agua en la nuca.

Un par de jarros, por lo menos, desparramaron sobre mi cogote.

—¿Cómo te llamas y qué quieres de mí, amigo? —me preguntó una voz. Que se encargó de puntualizar a continuación—: Procura ser breve y concreto porque dispongo de poco tiempo.

—¿Puedo..., puedo volverme boca arriba?

—Puedes. Pero con infinito cuidado, ¿eh?

Así lo hice. Eran tres tipos. Dos gorilas, uno de ellos el que me había «recibido», y el tercer tipo debía de llamarse Charles James Preston.

—¿Cómo te llamas, Llanero Solitario? —me preguntó la misma voz y que con lógica pertenencia a Preston.

Comprendí al momento. Y lo expuse:

—¡Vaya, hombre, vaya! Así que el amigo Terence Smith lleva encima un micro de miniatura, ¿eh?

—Exacto, amigo. Aún no he escuchado tu nombre...

—Osiris von Sydow. ¿Pero a qué te has quedado igual, Preston?

—Confieso que sí... —Y caminó hacia mí para pegarme una patada en el lateral del pescuezo. Sonrió feroz y dijo—: Espero que tú me aclares el misterio. ¿Por qué me buscas?

—Para que me expliques lo que inventó o descubrió Wilford Sharp y para que me digas a qué estás jugando tú —largué con la verdad porque todo lo demás se me antojaba absurdo.

—Trabajas para la McDonnell y Griffith Armament, ¿verdad?

Moví la testa, encima de la alfombra, negativamente.

—No. Lo hacía en la International, pero no en el puesto de asesino a sueldo que tú imaginas. Mi mujer resultó muerta en el aeropuerto de Washington en el atentado a Sharp.

Me miró de arriba abajo, no podía hacerlo de otra forma con ironía. Y con desconfianza.

—¡Qué casualidad!, ¿eh?

—Y que lo digas, Preston. Fue una trágica casualidad. Lo que yo pretendo...

—Tu trabando en la International Armament —me cortó—, y tu mujer resulta asesinada en el mismo atentado que le costó la vida a mi camarada Wilford Sharp.

—Sé que te suena raro, Preston, pero estoy contigo. Necesito que...

—No me importa lo que tú necesites, Llanero Solitario. Pero yo sí necesito, ¡ya!, deshacerme de ti. Medidas de seguridad, ¿sabes? Espero que lo comprendas... —¡Oh, sí, claro! Todos tenéis que tomar medidas de seguridad. Todos tenéis que andar asesinando para sobrevivir, todos...

Sonó, entonces, el taponazo.

Y la cerradura de la habitación 107 del Bristol Hotel se fue al carajo.

Penélope, como si lo hubiera hecho así toda la vida, saltó al interior de la estancia con la Magnum amartillada y firmemente empuñada con la diestra, cuya muñeca afianzaba entre los dedos de la zurda.

—¡Quietos..., quietos todos, amigos! Un parpadeo y os mando al otro barrio, ¿hace? Se habían quedado de una pieza.

Boquiabiertos.

Me puse en pie mucho antes y con mayor rapidez de la que ellos podían esperar, juzgando a través de la cantidad de palos que me habían sacudido.

—Eres un sol, pequeña. Y estos caballeros..., ¡fíjate cómo se alegran de verte! Son unos chicos estupendos, ¿sabes? Algo violentillos... —Giraba alrededor de los gorilas—, éste en particular...

«Éste en particular» era el que me había recibido con todos los honores y fue al que, de súbito, le metí la rodilla en los huevos. El tío lanzó un bramido y se vino abajo encontrándose con mi rodilla

de nuevo, ahora en la cara, que lo alzó con estrepitosa violencia.

Le hundí el puño en la frente y a pesar de los muchos kilos que llevaba encima pasó a la sala siguiente que se abría junto al vestíbulo quedándose, muy quieto, en tierra.

El otro matón no se atrevió ni a respirar.

—Charles James Preston... —empecé, y de pronto, le machaqué el hígado con un fulminante

uno-dos,

quiero que sueltes la lengua, ¡YA!

El tercer puñetazo lo clavó en la pared y resbaló por ella hasta doblarse en tierra.

—Trae agua, hijo de perra —te ordené al gorila que quedaba en pie.

—¿Es necesario todo esto, Osiris?

—No sé hacerlo de otra manera, Penélope. Ahora, ¿si quieres probar tú?

Me miró, nerviosa.

—No... —Se mordía el labio inferior—. Pero me aterra ver la capacidad que desarrollas para la violencia, Osiris. Me ahoga esta virulenta agresividad que evidencias..., aunque ya comprendo que no puede ser de otra manera.

El guardaespaldas trajo el agua sin intentar la menor treta y se la echó a su jefe en la cara a una indicación mía.

Preston reaccionó, mirando de nuevo a Penélope con asombro.

—¿Cómo tú... tú metida...?

—¿Olvida que mi padre fue asesinado, señor Preston?

—Este marica no tiene nada de señor, prenda. Es un mal nacido como todos... —Mi puntera izquierda le mostró la bota por delante y le ayudó a escupir sangre, bastante sangre, por su sucia boca.

—¡Osiris, por Dios! —exclamó la bonita chiquilla de ojos azules que seguía exhibiendo la Magnum—. ¡Basta ya de golpes!

—¿Olvidas que mataron a mi esposa, señorita Roth? ¿Qué la... ase-si-na-ron? Este hijo de perra es tan culpable como los demás...

—Amagué un nuevo patadón y él, como una rata, chilló:

—¡Nooooo! ¡Se..., se lo suplico!

Me planté frente al acurrucado y acojonado Charles James Preston, diciéndole con homicida entonación:

—Te lo diré sólo una vez, Charles James Preston: quiero

respuestas concretas... *o te mato*. ¿Cuál es la naturaleza del ingenio inventado por Wilford Sharp?

Era consciente de que yo cumpliría mi amenaza. Por eso anunció:

—¡Se trata de un misil intercontinental!

—Matiza —exigí.

Se limpió la sangre que manaba por la comisura de sus labios.

—Un misil muy... muy especial —tartajé. Añadiendo—: Recubierto con una sustancia de componentes químicos que le confunden con el color de la atmósfera..., un color que no vemos pero que existe.

—¿Me estás diciendo que ese misil resultaría invisible?

—Sí.

—Pero sensible al radar, ¿no?

—Tampoco...

—¡Sigue! ¿O es que tengo que arrancarte las palabras a puntapiés?

Se encogió, continuando:

—Ese misil puede permanecer por tiempo indefinido sosteniéndose en una especie de órbita particular sobre un objetivo determinado, venciendo hacia él cuando desde la base de control remoto se le ponga en contacto con la ley de la gravedad.

—¡Vaya, vaya, vaya! —Y estaba sorprendido muy de veras. Confundido para ser más exacto. Y monologué—: La potencia que se haga con ese asombroso engendro bélico siembra el cielo de los países enemigos de misiles invisibles y cuando le parezca bien... ¡zas, los borra del mapa!

—Algo así... —susurró Charles James Preston.

Solté, inesperadamente, la andanada. En forma de pregunta.

Era un palo de ciego. Pero...

—¿Dónde tienes los microfilms, Preston?

Se contrajo ahora, más que antes como consecuencia de mis golpes.

—No.

Salté, rabioso, y lo cubrí a punterazos, mientras repetía como loco:

—¿Dónde...? ¿Dónde...? ¿Dónde...? ¿Dónde...? ¿Dónde...?

—¡Osiris... OSIRIS! —gritó Penélope.

Y el gorila quiso aprovechar el momento en que ella se distraía para tirarse sobre mí. Lo vi, lo evité, le metí el antebrazo en la nuca y cuando caía le salí al encuentro con la pierna, estirada, tensa, violenta como toda aquella espiral que nos asfixiaba, haciendo temblar su simiesca naturaleza con el estrépito del trallazo.

Se quedó inmóvil. Como muerto.

Como no... MUERTO.

Charles James Preston temblaba literalmente.

—¡Está..., está bien! ¡Usted gana...! ¡Pero no me mate! ¡NO ME MATE!

—¿Dónde...?

—En una caja de seguridad. Aquí... en el hotel.

—¡En pie, puerco! Vamos por esa caja.

Penélope estaba mareada. Le tomé la Magnum, diciendo:

—Tenías que haberte quedado en casa, pequeña.

—No... En el fondo sé que tienes razón. Ellos no tuvieron piedad con mi padre. No la tienen con nadie. Es duro reconocerlo, pero sólo con tus métodos se les puede hacer frente.

Nada comenté y sí dije al ayudante del asesinado Sharp:

—Adecéntate un poco para bajar al vestíbulo.

Yo, desnudando a uno de los gorilas, sustituí con sus ropas el uniforme que había escamoteado del guardarropía. Cuando ya bajábamos, le dije al inseguro Preston:

—Quítate cualquier idea de la cabeza, amigo. Si es preciso me cargaré a medio hotel... *pero yo saldré de aquí con el microfilme.* ¿Entiendes?

—¡Sí... sí, entiendo! No voy a intentar nada.

CAPÍTULO VII

Como en los viejos tiempos.

De un lado para otro.

Estábamos volando hacia París.

Por la razón específica de que yo tenía sumo interés en averiguar quién suministraba, desde la capital de la luz, tanto perfeccionista del gatillo, tanto virtuoso de la pistola y la metralleta, a los todopoderosos masones de Washington.

Por la razón específica y concreta también de que uno de aquellos adelantados del crimen había asesinado a mi esposa.

El microfilme estaba en mi bolsillo, por supuesto.

Eso pronto lo sabrían los de la McDonnell y los de la International que a fin de cuentas eran los mismos perros con diferentes collares. Los mismos hijos de puta, pero con distintas madres.

¡Pagarían cara la muerte de Nora!

Por mucho que trataba de forzarme y de dominar mis emociones, no conseguía arrancar de mi cerebro la trágica imagen de aquella dulce mujercita embarazada doblándose, inesperadamente, al pie de un puesto de periódicos, por obra y desgracia del mortal tableteo de una metralleta...

Sin que yo, a cuatro pasos de ella, pudiera hacer nada por evitarlo.

¡Los despedazaría uno a uno con mis propias manos!

Pronto sabrían toda aquella gentuza que el microfilme donde se registraba secuencia por secuencia el inverosímil invento de Wilford Sharp, estaba en mi poder.

Por eso había dejado con vida a Charles James Preston. Porque la reacción lógica de aquel tipo debía de ser, ahora, pasarse al

enemigo. Aunque sólo fuese para congraciarse y salvar la piel. Había desertado de la McDonnell, pero estaba obligado a volver. ¿Y qué mejor tarjeta de visita que soplarles dónde y con quien estaba el microfilme?

Penélope, a mi lado, observándome a hurtadillas y sin atreverse a romper el hilo de mis reflexiones, guardaba silencio.

De perfil, era monísima.

En otras circunstancias no me hubiera cansado de alabar... y de degustar sus maravillosos encantos. Hubiese absorbido con ansia todo el efluvio femenino, embriagador, que destilaba su lindo y bien contorneado cuerpecito.

Recordé cuando habíamos hecho el amor. Y hube de admitir que aún estando mi pensamiento en otra mujer, Penélope había sabido hacerme muy feliz.

La miré por el rabillo del ojo.

Seria.

Muy seria estaba. Y hasta preocupada.

Creía yo saber el por qué. Penélope había descubierto un mundo de magnitudes brutales, desconocidas para ella. Un mundo que ella no creía que pudiese existir. Un mundo compuesto por una espiral de violencia que succionaba al instante a aquel que se quedaba quieto tan sólo un segundo. Violencia y muerte.

Crueldad y sangre.

Penélope había emprendido aquella aventura pensando que todo era distinto. Creyendo que la justicia... o venganza —esas palabras respondían única y exclusivamente a una simple cuestión de conceptos u ópticas personales— tenían en el fondo una moral casi cristiana. Que uno, o una, cogía el látigo y barría a los mercaderes de la puerta del templo.

Penélope aún creía en la existencia del bandido romántico, justiciero, enmascarado que abatía a sus enemigos con limpios balazos y edificantes filosofías.

La vida, por desgracia no era así.

Con los asesinos no podían gastarse contemplaciones. Ni andar diez pasos y revolverse para disparar. Ni recitarles epitafios bien pensados.

—Estás asustada, ¿verdad? —te pregunté.

Lanzó un profundo suspiro.

—Decepcionada mejor. Decepcionada de la humanidad.

—Y de mi, supongo, ¿no?

Negó, moviendo aquel gracioso tupé rizado y moreno que sobresalía por delante de su despejada frente.

—No... En el fondo te comprendo. Te enseñaron a... —pensé que iba a decir «matar», pero corrigió a tiempo con un ambiguo—: *Eso*. Y estás bajo los efectos del profundo trauma que te ha causado la muerte de Nora. Es lógico que te produzcas como o haces.

—Desearía que no me hubieses visto actuar de esa manera —dije y era sincero—. Olvídalo. ¿Cómo piensas dar en una capital tan grande con el individuo o la red que proporciona esos asesinos?

—Tengo en París un buen amigo. Hace años era el coordinador en Europa de los servicios de inteligencia de un poderoso país. Un buen día se cansó, hizo examen de conciencia por lo visto, y con el dinero que había ganado puso la primera piedra de una fundación que recoge huérfanos o niños abandonados y procura hacerlos hombres de bien. El mismo, Huong Cheng-Lung les explica con toda clase de detalles lo que es el mal. Luego, deja que ellos elijan lo que quieren ser el día de mañana.

—Reconforta oír cosas semejantes.

—Para las cuales es preciso haber hecho antes cosas horribles. ¿Entiendes?

—No... y sí. Es una filosofía muy rebuscada.

—Pero cierta. Penélope... —susurré, ladeándome hacia la chica.

—¿Sí...? —Me miró con sus enormes y hambrientos ojos azules.

—¿Qué piensas hacer cuando todo esto termine?

Sonrió tenue separando sus dulces y carnosos labios.

—Primero... olvidarlo.

—¿Y después? —insistí.

—Tengo que pensarlo.

—Desde París puedes empalmar vuelo a Nueva York si lo deseas... —apunté, sin saber exactamente la razón o pensando quizá que Penélope se encontraba a disgusto junto a mí.

Su respuesta me dejó helado. Y al segundo siguiente me hizo arder. Dijo:

—Estoy enamorada de ti, Osiris. Es algo que nació de repente, con mucha fuerza, y que soy impotente para evitar, iría contigo al mismo infierno. Ya sé que te sorprendo, pero por encima de todo

trato de ser sincera conmigo misma, de admitir las evidencias tal como son y de hacerme a ellas. No critico a la mujer que hace lo imposible por ocultar sus sentimientos y sobre todo por evitar que el hombre a quien ama se entere de ese amor..., no la critico, pero me parece una postura absurda. Cuando se ama., se ama y punto. Yo te quiero, estoy enamorada de ti y no tengo porque ocultártelo. Para bien o para mal. Para que te burles de mí o para que me compadezcas. Es un riesgo que debo correr...

Reaccioné mientras ella hablaba. Y sólo se me ocurrió contestarle:

—Dame tiempo.

—No creo en el tiempo para el amor, Osiris. O se ama o no se ama. Pero al momento. Instantáneamente.

—Quizá otros sentimientos puedan controlar esa emoción cuando se está bajo los efectos de un efecto tremendista, ¿no crees?

—En el fondo, no obstante, siempre se sabe algo.

—No me eres indiferente, Penélope —apunté.

—Sexo, Osiris. Simplemente sexo —dijo, con una sonrisa que pretendía ahogar su desencanto. Yo, seguía sorprendiéndome por la naturalidad con que ella abordaba un tema tan delicado. Había en su forma de expresarse una comedida liberalidad y un sentido exacto de la proporción. Algo difícil de encontrar en una mujer... y sobre todo cuando se la suponía vehemente. La oí seguir—: Y es lógico. Físicamente soy atractiva y tú no podías ser una excepción. Me deseas y lo comprendo.

—Lamento que en la Central no me enseñasen a razonar con una mujer inteligente como tú, Penélope.

Me miró fijamente y de frente para lo cual, tuvo que ladear cuerpo y cabeza. Avanzó ésta tras unos segundos de duda para rozar, dulce y cariñosa, mis labios con los suyos.

—Sabes razonar, Osiris. Aunque sólo sea por las experiencias y psicología que has obtenido en tus andanzas mundanas. Lo que ocurre es que te he metido en un callejón sin salida y te duele tener que manifestarte con la misma sinceridad que yo lo he hecho.

—Aunque tú no creas en la necesidad del tiempo como parámetro del amor... vuelvo a pedirte que me lo concedas. Por favor.

—O. K. Tómate todo el que quieras.

A partir de aquí permanecemos en silencio hasta que el avión dejó reposar su abultada panza en el aeropuerto Charles De Gaulle.

CAPÍTULO VIII

Era una tienda de antigüedades situada en el corazón de aquel laberinto de callejones, callecitas y callejuelas, que formaban el entramado variopinto del popular barrio parisién de Montmartre.

Rué Fauvet, 15.

Cuando empujamos la puerta se escuchó, al instante, el musical compás de una campana con sus tintineos de eco metálico.

Muchas estanterías a nuestro alrededor conteniendo, junto a baratijas y colgantes de un franco y medio, estatuillas y figuras que rebasan los mil, seis mil y diez mil francos.

Todo junto. Como si allí el dinero no tuviese la menor importancia.

Mi amigo era todo un filósofo.

Por contra de lo que cabía esperar no nos recibió ningún caballero vestido a la rígida usanza china, con larga perilla e inclinaciones orientales.

Hubiera pasado por un perfecto europeo de no ser que sus rasgos asiáticos le delataban.

—*Mon Dieu!* —exclamó al verme.

—Me avergüenzo de verte tan afrancesado —ironicé.

Y nos fundimos en un estrecho y cordial abrazo.

—Ésta es mi buena amiga Penélope... —Tomé a la muchacha por el brazo, suave, acercándola hasta nosotros, diciendo—: Te presento al muy honorable Huong Cheng-Lung.

Se inclinó, ahora sí,, para besar exquisitamente la mano que Penélope le tendía.

—No le haga mucho caso, señorita... —Se fue incorporando, mirándola a los ojos con impecable rectitud para filosofar, inesperadamente—: Y lamento que se haya enamorado de él,

porque Osiris no se merece el cariño de una mujer tan hermosa e inteligente como usted.

¡Lo que faltaba! ¡Que el chino le echara leña al fuego! ¡Si sería... chino!

Penélope se puso encarnadita como la grana. Muy roja. Casi de un rojo que tenía matices políticos. Pero nada hizo por negar lo que ya me había confesado a caballo de las azuladas nubes del cielo.

—Si te metieras la lengua de víbora que tienes donde yo te diría, viejo sabelotodo... —susurré, cabreado, junto a su oreja derecha.

—Me olería mal, *mon cheri* —replicó. Invitando en voz alta—: ¿Quieren pasar, por favor?

Fuimos a la trastienda donde tenía montada una especie de salita de estar y nos acomodamos.

—¿Té...? —ofreció.

—Te aceptaré café si lo tienes.

—Yo también —cabeceó Penélope.

Hizo sonar una campanilla a cuyos acordes apareció un fámulo, éste sí vestido a la usanza oriental, que prometió traer café al instante.

Cuando el criado se esfumó tras las cortinas del fondo, dejó ir mi anfitrión chino:

—Te estás metiendo en problemas, Osiris. En gravísimos problemas.

—Mataron a Nora, Huong.

—Lo sé —dijo— y sé lo que eso ha significado para ti. Pero ella está muerta, Osiris. Olvida. Olvídalo todo. Coge a Penélope y lárgate a la otra parte del mundo..., si es que te dan tiempo.

—Sabes que no voy a seguir ese consejo.

—Ni yo se lo permitiría —intervino por vez primera en la conversación, la muchacha—. Quiero que siga sus impulsos, que haga lo que su conciencia le dicte o lo que crea que tiene que hacer.

—Lo matarán —sentenció Huong Cheng-Lung.

—Es posible..., pero está por ver —maticé.

—Si yo fuera sensato —dijo el chino—, y tengo obligación de serlo mucho más que tú, te negaría la información que vienes a pedirme. Pero como precisamente soy sensato, y lógico, y sé que seguirías buscando a ciegas para acabar acribillado a tiros en cualquier callejón de esta sucia ciudad... Te diré que tu hombre se

llama Louis Jovoin..., pero que el auténtico peligro lleva por nombre Rainier Böhm.

—Es curioso comprobar cómo se saben las cosas en el mundo del espionaje y como os entendéis sin cruzar una sola pregunta —anunció, con evidente sorpresa, Penélope—. Creía que se trataba de una invención de guionistas de cine o escritores y...

—Cuando menos se hable, mejor. Huelgan las preguntas, señorita —le sonrió el oriental. Sorprendiéndola todavía más, con —: Yo, en este rincón de Montmartre, metido hasta el cuello entre figuras y porcelanas, cristales y baratijas, me entero mucho antes que ciertas agencias de prestigio internacional de lo que ocurre en toda la geografía del orbe. De todo lo que se relaciona con un ámbito al que nunca he logrado escapar. A veces, incluso, se lo cuento a mis alumnos. Ellos, desde luego, ya no se sorprenden de nada de lo que yo pueda contarles por raro que sea... y saben que es la verdad.

—¡Sensacional! —exclamó la chica.

—¿Dónde medran Jovoin y Böhm? —pregunté.

—Ve por Rainier. El, a fin de cuentas, es quien atiende los... *contratos* y quien decide. Louis Jovoin es el teórico, el que contacta, el intocable... y no sería nada sin un hombre a su lado como Rainier Böhm. Rainier envió a Robert Proval y Jeff Grodin a Washington.

—¿Quién extendió el contrato?

—Deberías imaginarlo, Osiris —casi me recriminó. Largando sin darme opción a intervenir—: Lo hizo, personalmente, Klauss Griffith... hijo del cofundador de la McDonnell y Griffith Armament, en quien Douglas McDonnell descansa toda la responsabilidad... digamos *ejecutiva* de la empresa.

Me puse en pie como si tuviera un muelle debajo del asiento.

—¿Te vas a marchar sin probar mi delicioso y humeante café? —inquirió Huong Cheng-Lung. Diciendo, a continuación, autoritario —: ¡Siéntate, estúpido! —Obedecí sin atreverme a rechistar y él añadió—: No es tan fácil como tú te imaginas, Osiris. Tienes... *que llevarte a Böhm a Washington*. Un papel firmado no te serviría de nada, ¿entiendes?

—¡Huong...! —exclamé, atónito—. ¿Te has vuelto loco?

—Ni lo permita Confucio. Tengo muy buenos amigos en una compañía de líneas aéreas... Hay vuelos intercontinentales que

viajan con muchos bultos, con gran cantidad de equipajes.

—Ya... Pero quiero hablar con Rainier Böhm.

—¿Hablar...? —me sonrió burlón—. ¡Por favor!

—Está bien... *quiero hacerle hablar*. ¿Cómo y dónde?

—Tendré que movilizarme después de tanto tiempo inactivo. ¡Ay... la de cosas que me obligas a hacer, Osiris! Y usted, señorita, tendría que regresar al hotel. ¿Dónde os hospedáis?

—En el Hotel Résidence Saint-Honoré —le dije.

—¡Un cuatro estrellas!, ¿eh? ¡No te estás de nada!

—Alguien me dijo que se pasaba más desapercibido ahí que en las pensiones de los barrios bajos.

—Sabio consejo, Osiris. Sabio consejo... ¿Le importa regresar al hotel y esperamos allí, Penélope?

—No... —dijo, un tanto decepcionada, alzándose del asiento.

—¡Por favor...! No se vaya a marchar sin saborear mi café.

Entonces regresó el fámulo con las humeantes tazas.

Era un excelente café, sí.

De ahí la insistencia de Huong Cheng-Lung en que lo degustásemos.

CAPÍTULO IX

Como en los viejos tiempos, sí.

Para mí no tan lejanos, desde luego.

Huong Cheng-Lung había movilizado a buena parte del personal que seguía a su servicio conectado, obvio, con la esfera de la información y el espionaje.

Pero muy consciente de cuáles eran mis deseos, ordenó que el chófer detuviera el Peugeot blindado a la puerta de un lugar llamado La Belle Epoque. Bajo el rótulo, con letras iluminadas también, podía leerse:

DINERS-SPECTACLE DANSANTS.

Soirée animée par...

¡¡CARLO NELL!!

En exclusivité...

¡¡COLETTE RENARD!!

Era el 36 de la Rue des Petits Champs.

El chino me señaló el local, diciendo con la mayor de las naturalidades:

—Tráete a Rainier Böhm. Está ahí dentro. ¡Ah...! —extrajo una cartulina pequeña, multicolor y brillante del bolsillo. Una foto de carnet que me puso en la palma de la diestra, añadiendo—: Para que no andes preguntando por él y despertando sospechas a las primeras de cambio... es éste. No tardes, Osiris. Te estamos esperando.

Puse pie a tierra y entré, decidido, en el local.

El *maître*, como un ave de rapiña, me salió al encuentro.

—¿Desea una mesa, señor?

—Luego... Busco un amigo.

—Puede tomar un combinado en la barra mientras lo esperaba..., si es su deseo, claro.

¿Cómo se llama su amigo,

m'sieu

?

—Quiero darle una sorpresa...

El *maître* tenía la diestra hundida en el bolsillo del uniforme. De la charolada chaqueta.

Me sonrió. Dijo:

—Le estoy apuntando con un revólver, señor. Pruebe a pestañear... y le clavó los seis plomos del tambor aquí mismo. Su amigo,

m'sieu

Rainier Böhm, le estaba aguardando. Camine adelante, hacia la izquierda, rodeando el escenario. Yo, señor, voy detrás de usted.

¿Comprende?

¡Coño si comprendía!

Cuando tenía el fin de aquella tragedia al alcance de mis dedos, cuando comenzaba a paladear el sabor de la venganza..., ¡de qué manera tan estúpida me acababan de cazar!

¿Y cómo no se me había ocurrido que un profesional de la talla del tal Rainier Böhm tenía que sabérselas todas? Estar al minuto... ¿qué al minuto?, ¡al segundo!, de todo lo que sucedía en aquel ambiente y máxime de lo que pudiera estarle vinculado.

Si yo había dejado vivo a Charles James Preston para que se diera la lengua con los de Washington... Los de Washington, indudablemente, se la habían dado con Rainier Böhm.

No les interesaba que su proveedor de asesinos, de profesionales del crimen... *tuviese problemas*. Y no podían pensar en liquidarlo porque eso, sin duda, les habría creado, a la larga, o quizá a la corta, problemas a ellos. Porque si Klauss Griffith se había entrevistado personalmente con Louis Jovoin y era del dominio en el ámbito que, Jovoin estaba conectado con Böhm... lo más práctico era poner a éste sobreaviso para que me recibiera adecuadamente.

Para que me borrara del mundo de los vivos y de los incordiantes, adecuadamente.

—¿Es qué no piensa caminar,
m'sieu
?

Obedecí.

Avanzando hacia el punto que antes me indicara.

Cuando habíamos dejado atrás los veladores, las mesas, la pista de baile y el escenario, me detuve, inquiriendo:

—¿Dónde ahora, enemigo?

—Por las cortinas de terciopelo rojas, amigo. Detrás hay un pasillo...

No era la voz del maître.

Giré la cabeza en redondo para encontrarme con la inexpresiva sonrisa de un chino, que el fondo de sus herméticas facciones orientales me miraba divertido, casi burlón.

—Huong Cheng-Lung nunca olvidar detalles, señor Von Sydow. Camine, camine, por favor...

Aparté los pesados cortinajes.

Y un puño se estrelló en mi abdomen haciéndome boquear. Desde atrás me empujaron muy a tiempo porque mi agresor, aprovechando la caída a plomo, me habría machacado la nuca dejándome listo para los restos.

—¡Pero...! ¿Qué diablos...?

El gorila asomó la testa y el chino le metió una daga en el pescuezo cruzándoselo de parte a parte. Así de fácil. Sin dejar de sonreír.

Luego me ayudó a levantarme, diciendo:

—París está imposible, señor Von Sydow. Asesinos por doquier. ¡Espantoso!

¡Y tanto...!

—Aquí hay varias puertas...

—Pruebe en la segunda de la derecha —me indicó mi «chino de la guarda».

Probé.

—¡Ah, *mon cheri* Osiris! Por fin ha llegado usted. ¿Ha tenido *von voyage* desde Ginebra?

El menda se pensaba que tras de mí estaba el *maître*.

Pero considerando que él debía contar con que su gorila me hubiese machacado antes, entendí que su postura no era lógica y que... Me tiré de cara al suelo como una exhalación.

Justo cuando Rainier Böhm apretaba el gatillo de la automática que escondía bajo la mesa tras la que se hallaba, sonriente.

Al chino le voló literalmente la tapa de los sesos.

Yo ya iba por los aires aprovechando los segundos de vacilación que habían contenido a Rainier tras la aparición, y desaparición con la cabeza hecha astillas, del oriental.

Le clavé la testa en el tórax catapultándolo contra la pared, atravesándolo casi, para caer ambos al otro lado de la mesa.

El jefe de los ejecutores estaba conmocionado.

No obstante le pegué un punterazo a la pistola que había caído en tierra, demasiado cerca de nosotros... y me disponía a cargármelo al cuello y salir con él encima por en medio del personal atravesando tranquilamente el *cabaret* cuando escuché el silbido agorero.

Di una extraña voltereta golpeándome el hombro contra la mesa y sintiendo agudo dolor, con los ojos prendidos en el vibrante acero que se había hincado en el respaldo de la silla tintineando macabramente.

Exhibí la Browning 6.35 arrancándola veloz del cinto y le di al gatillo casi sin apuntar, guiándome sólo por la trayectoria seguida por el cuchillo desde su punto de partida.

—¡Aaaaag!

El tipo se dobló sobre sí con el vientre agujereado y un par de proyectiles dentro.

Entró otro dándole al gatillo de un enorme pisotón y el plomo rozó mi sien dejando la huella de una herida escandalosamente sangrante... que hubiera podido ser mucho peor.

Al suelo otra vez y ahora sin ángulo de tiro.

Repté para salir al otro lado por debajo de la mesa mientras los impactos con silenciador revoloteaban, llenos de muerte, por encima de mi cabeza.

Conseguí verle los pies y meterle un plomo en el tobillo derecho que le hizo bramar primero, soltar el arma después y trastabillar finalmente.

Le ayudé a caer atrapándole el otro tobillo. En el suelo, con el

canto de la zurda, le masacré la nuca.

Eché adelante asomando a la pared entreabierto mirando a uno y otro extremo del corto pasillo.

Nadie.

Volví adentro, extremando de todas formas las precauciones, cargándome al hombro el cuerpo inerte de Rainier Böhm, con el que me paseé con la mayor tranquilidad por todo el local.

Los clientes y empleados de La Belle Époque, se quedaron tan, pero tan de piedra, que nadie osó decir esta boca es mía ni interponerse en mi camino. En la Central sí me habían enseñado que el factor sorpresa era vital en todas las acciones.

Huong Cheng-Lung esbozó un rictus desaprobatorio al verme llegar.

—Has tardado mucho, Osiris.

Un tipo mantenía abierta la portezuela del portaequipajes para que echase dentro a Böhm. Luego cerró con llave y yo me acomodé junto a mi amigo el educador de huérfanos y niños abandonados.

No me preguntó por el hombre que entrara tras de mí ni hizo falta que yo le dijera que estaba muerto.

Le indicó al chófer.

—Vamos a Le Bourget.

Allí nos estaba esperando Penélope, debidamente avisada con anterioridad, por teléfono, al Hotel Résidence Saint Honoré.

Me preguntó nada más verme:

—¿De veras va a meter al tal Rainier en el avión... de incógnito?

—De veras, pequeña.

—¡Es asombroso! Pero... ¿y una vez en Estados Unidos, qué?

—Huong Cheng-Lung tiene amigos y contactos hasta en el infierno, Penélope. Allí, los representantes de una firma importadora de porcelana, reclamarán legalmente el maletín que procedente de París les remite uno de sus proveedores.

—¿Así de... sencillo?

—La fe mueve montañas, Penélope. El dinero, personas.

Y el mundo está lleno de gentes poco escrupulosas.

El chino nos interrumpió sonriente:

—¿Por qué no probáis unos emparedados mientras yo me encargo de facturar... vuestro equipaje?, ¿eh?

—Es una buena idea, Cheng-Lung —admití, devolviéndole la

sonrisa.

CAPÍTULO X

Aquel canalla mal nacido me miraba como si yo fuera una cucaracha negra y asquerosa que él podía aplastar cuando le saliese de sus pelotas.

Más que decirme, me escupió despectivo:

—Aún no entiendo por qué he accedido a recibirle, Von Sydow.

—Porque no tenía más cojones que hacerlo.

Klauss Griffith, sonrió. Como si le complaciera mi afirmación. Igual que se le sonríe a un niño maleducado cuando hace una gracia grosera.

Griffith, que había venido al mundo encontrándose todo hecho... Griffith, queapestaba a homosexual... Griffith, consciente de su poder y tremendamente inconsciente a la hora de emplearlo, volvió a escupirme:

—Eres un imbécil, Osiris. Con todo este tinglado hubieras podido forrarte de billetes y has elegido el camino contrario, el que se opone a los intereses de los poderosos. ¿Te crees que no sé lo que has hecho y lo que te traes?

—Sorpréndeme, marica.

Se crisparon sus facciones hasta convertirse en una máscara criminal.

—No vuelvas a pronunciar esa palabra —masculló, congestionado.

—O. K. Pero sorpréndeme.

—Te has traído a Rainier Böhm desde París gracias a los buenos oficios de un ex colaborador de la Central. Y tienes en tu bolsillo un microfilme en el que se halla registrado el invento de Wilford Sharp.

—¿Y te parece poco, Klauss? Han muerto muchas personas por

causa de ese misil... entre ellas mi esposa.

—Fue por casualidad y lo sabes.

—Eso no cambia las cosas. Nora está muerta.

—Y tú vivo, Osiris —me señaló—. ¿Por qué no piensas con lógica? Aún teniendo a Rainier, aún contando con su confesión, nuestro poder es suficiente para desvirtuar todas esas pruebas... y suficiente para convertirte a ti en un traidor, juzgarte y sentenciarte.

—¡Adiós microfilme entonces! ¿Has pensado en eso?

—Tenemos a Charles James Preston, y él, aunque lo dudes, tiene en la cabeza muchas fases del invento. Las suficientes como para ilustrar a los científicos que se pondrán a trabajar de inmediato en ello. Te darás cuenta, Osiris von Sydow, de que has pedido lamentablemente el tiempo, ¿no? —extendió la mano para detener mi posible respuesta, añadiendo—: Pero estamos dispuestos al diálogo y sobre todo a ser generosos contigo olvidando el mal que estabas, *que estás*... decidido a causarnos.

Le escupí yo, ahora, una sonrisa de burla y desprecio.

—¿Por qué hablas siempre en plural, sabandija? —Y fui yo quien detuvo esta vez su respuesta, agregando—: No eres nada. Absolutamente nada. Basura. Una mierda que McDonnell no ha decidido pisar aún porque no sabe que pisarla trae suerte al decir de muchos supersticiosos. Pero acabará pisándote, no lo dudes. Cuando ya huelas demasiado mal, cuando no le sirvas para contratar asesinos y dictar sentencias... o cuando intuya que tus devaneos sexuales con determinados personajes pueden convertirte en un grave peligro. Entre sábanas, Klauss Griffith, tanto los homo como los heterosexuales, solemos hablar demasiado, ser susceptibles de insólitas confesiones. Confesiones que a veces provoca nuestro o nuestra *partenaire*. No lo dudes, muchachito..., te apartará de un plumazo.

—¡Imbécil!

Su crispación, el fuego de apoplejía que apareció en el color y el espasmo que contraía sus facciones me hizo saber que había dado en el clavo.

Klauss Griffith, en el fondo, odiaba a Douglas McDonnell.

Pero estaba sometido a él.

Y eso le ofuscaba al escucharlo en labios ajenos.

—Yo también soy asequible al diálogo, amigúete —volví a la carga. Apuntando en tono sibilino—: Tú me entregas atado de pies y manos a Douglas McDonnell... Me ayudas a sentarlo ante el gran jurado bajo las acusaciones de asesinato, alta traición y corrupción de determinados personajes de la esfera de la política, el ejército y las finanzas, y yo te devuelvo a Rainier Böhm para que hagas con él lo que te dé la gana. Y cuando McDonnell se esté pudriendo entre rejas te pongo el microfilme en la mano y te apuntas el tanto del siglo.

—No puedo inculpar a McDonnell sin ponerme la soga en el cuello —se delató al pensar en voz alta.

—¿No me hablabas antes de tu infinito poder? ¿O acaso ese poder, es en realidad... *el poder de Douglas McDonnell?*

Volvió a situarse y dijo:

—Dame el microfilme y entrégame a Rainier Böhm... y me olvidaré de que existes, Osiris.

—No seas absurdo, Klauss. No lo haré y tú lo sabes. Además, te creía más listo. Yo soy consciente desde el primer día de que Nora está muerta y de que no iba a resucitarla hiciera lo que hiciese. Pero me pusieron los pañales de esta vida en la Central y sé cuando el río está revuelto y cuando es propicia la ganancia para los hábiles pescadores. Yo he pescado en ése río y tengo un par de hermosos peces que, a última hora, puedo poner en una bandeja de la Casa Blanca y dárselos a *comer* al propio Ronald Reagan. ¿No se te había ocurrido pensar en eso, Griffith?

—¡Tú estás loco! ¡Loco de remate! —exclamó, sobresaltado, mirándome con los ojos abiertos—. ¡Quieres que te maten como a un perro!

—No lo pienses, Klauss. Te diré algo más... Hay una persona que se encuentra, en estos instantes, a menos de quinientos metros del presidente. Esa persona lleva el microfilme para entregárselo en la mano y exhibir una confesión en toda regla, redactada, escrita y firmada por Rainier Böhm de su puño y letra... confesión que en su momento y ante un juez y jurado ratificará él mismo. Si yo no detengo a esa persona... *tu suerte está echada, Klauss Griffith.* Y el que se escapará con las manos más limpias que Poncio Pilato será Douglas McDonnell quien con cara compungida y sintiendo vergüenza ajena contará a todos los medios de difusión del país y

del mundo, su pesar al descubrir que el hijo del que fue su socio y cofundador de la McDonnell y Griffith Armament es un canalla, un traidor que ha mancillado el nombre de la empresa, la memoria de su padre...

—¡Cállate ya, maldito estúpido!

—Duele, ¿verdad?

—¡No saldrás vivo de aquí, Osiris von Sydow!

Le sonreí fría, glacialmente.

—¿Y qué...? —Me encogí de hombros haciendo gala de un olímpico desprecio a la muerte tan tremendamente real, que acabó de desconcertar a mi atribulado y confuso interlocutor. Agregué, casi con ironía—. No pensarás que he venido hasta aquí olvidando esa nefasta posibilidad, ¿eh? Cuento con morir..., pero tú debes contar que esa persona, si no escucha mi voz y una palabra clave dentro de quince minutos exactos, llegará hasta el presidente. Lo hará, Griffith, puedes estar seguro de ello. Y entonces no tendrás más solución que chamuscarte una sien... ¿Merece la pena renunciar tan joven a los placeres mundanos? ¿Renunciar también a la posibilidad de ser el amo, dueño y señor, de la McDonnell y Griffith Armament y por ende de las International? Te doy un minuto para reflexionar. Transcurridos esos sesenta segundos me levantaré de esta silla, saldré de tu despacho... y si dictas mi sentencia de muerte habrás firmado la tuya al mismo tiempo. ¡Ah...!, piensa que McDonnell utilizará la oportunidad sin compasión. Muerto o en la cárcel es como realmente te quiere ver. Empieza a contar el tiempo, Klauss Griffith...

Tenía la cabeza inclinada hasta rozar el tórax con la barbilla y los labios firmemente apretados hasta componer con ellos una línea muy recta.

Lanzó un sonoro respingo y dijo al fin:

—¿Qué tengo que hacer, Osiris?

—Primero una declaración por escrito explicándole al país, a toda la sociedad estadounidense, la corrupción que reina a los más altos niveles, con nombres y apellidos, con relación al mundo del armamento, de las ventas ilegales, de la gente que se sacrifica en beneficio de una supuesta paz... Después puntualizarás todo el *affaire* de sangre y violencia desencadenado por Douglas McDonnell como consecuencia del descubrimiento del científico Wilford Sharp.

EL..., *accidente* que sufrió Emmanuel Roth cuando quiso apartarse de ese proceso intuyendo la gravedad catastrófica que podía significar para el mundo la puesta en escena de ese misil; el asesinato del propio Sharp cuando entendió que la única solución, alertado por la muerte de Roth, consistía en notificar su descubrimiento a todas las grandes potencias...

—¿Y cómo eludo yo mi parte de responsabilidad en todo ello?

La respuesta llegó al abrirse la puerta del despacho violentamente y anunciar una voz:

—¿Desde cuándo has sido tú responsable de algo, en toda tu vida, Klauss?

Se puso pálido.

—¡Douglas...! —exclamó—. ¿Qué haces tú... aquí?

El otro debió sonreírle. Lo intuía solamente porque yo seguía de espaldas, inmóvil. Le escuché decir:

—¿Cómo se te ocurre pensar que no te he tenido controlado desde el primer día que empezaste a trabajar conmigo? ¿Tan imbécil me imaginas, Klauss? No has movido un pie, no te has fumado un pitillo, no te has metido en la cama con ninguno de tus amiguitos... sin que yo lo supiera. Tus conversaciones han sido puntualmente registradas en cinta magnetofónica porque he sembrado tu camino de micrófonos y has llevado a mis agentes colgados de tu espalda. Y si hoy estás vivo aún es porque contaba con que nuestro enemigo Osiris von Sydow haría, exactamente, lo que ha hecho. Pero usted... —Se dirigía a mí—, también debía tener prevista mi línea de actuación, ¿no?

—Por supuesto que sí, McDonnell.

—¿Cuál es el as que guarda en la manga? La policía quizá...

Me revolví, sin alzarme del asiento. Observando a los dos tipos que me encañonaban, desde los flancos de Douglas McDonnell, el todopoderoso e intocable McDonnell, con sendas metralletas.

—¿La policía? —Sonreí—. ¿Cuál, McDonnell..., la que usted tiene comprada, o la otra? Esa que avisa hasta el apuntador en casos como éste facilitando las filtraciones que llegan en seguida a la mesa de despacho de hombres como usted, ¿tan idiota me cree? —Idiota no, por supuesto. Pero temerario... sí. ¿Cómo piensa salir de esta situación, Von Sydow?

—Por la puerta, por mi propio pie... y tranquilamente —le

sonreí, con una sangre fría que hizo vacilar sus cimientos.

—Lamento contrariarle —trató de sonreírme también sin lograrlo con excesiva convicción—, pero usted huele a cadáver.

—Creí que cumpliría su palabra —largué, de repente, desarbolándole.

Me miró totalmente desconcertado.

—¿Mi palabra...? ¿Qué quiere decir, Osiris?

—¿Todavía hay que seguir fingiendo, McDonnell? He conseguido que Klauss aceptara mis condiciones de acuerdo con lo pactado con usted, ¿no es así? Pero ahora entiendo que usted no sólo quería deshacerse de él sino de mí también. De acuerdo: entérese entonces que el microfilme que le he entregado contiene las impresiones filmadas de un misil que ya ni se utiliza...

—¡Pero...! —balbució McDonnell—. ¡Usted se ha vuelto loco!

—¡Maldito canalla traidor! —Rugía al mismo tiempo Klauss Griffith—. ¡Así que era eso...!, ¿eh?

—¡KLAUSS...! ¿Es que no entiendes el juego de...?

Griffith movió la diestra como una centella sin importarle que los guardaespaldas tuvieran las metralletas empuñadas.

Tabletearon.

Yo ya había dado una vuelta de campana protegiéndome en la misma silla en la que estaba sentado.

¡Rat-ta-ta-ta-ta! ¡Rat-ta-ta-ta-ta!

La misma melodía que, por casualidad, había acompañado con su canto siniestro la muerte de Nora Wilkinson.

El pecho de Klauss Griffith se convirtió en un surtidor de sangre. Pero en un movimiento reflejo, puede que en una de las bruscas contracciones a que le obligaba y sometía la lluvia de proyectiles, apretó el gatillo de la automática que consiguiera extraer.

¡BANG! ¡BANG!

Dos veces.

Metiéndole dos plomos a uno de los gatilleros en el mismísimo entrecejo que, obviamente, le hicieron soltar la metralleta, alzar ambos brazos, dar un giro tragicómico y estrellarse contra la puerta.

Parecían, por instantes, haberse olvidado de mí.

Del causante de todo.

Del tipo suicida y temerario que proyectó la silla contra el asesino que seguía en pie, siguiendo el vuelo del mueble para saltar

sobre el aturdido Douglas McDonnell, enroscarle el brazo a la garganta y meter el cañón de mi Magnum en su sien como si quisiera barrenársela.

El asesino había trompicado contra la pared al estrellarse la silla sobre su cabeza.

—Dile que no se mueva de donde está o te hago astillas la cabeza, McDonnell.

—¡Quieto, Serváis, quieto! —bramó—. ¡Obedece! ¡Haz lo que dice!

—Así me gusta..., todopoderoso de mierda.

—Pod... podemos hablar, Von Sydow.

—No dialogo con canallas, Douglas. Con hombres que dictan muertes sin pestañear, con los auténticos responsables de la miseria humana. No, McDonnell, no. No pacto con canallas como tú.

—¡Mil millones! —Lanzó en un patético esfuerzo—. ¡Son tuyos, Osiris von Sydow!

—Hijo... de... —Movía los labios Griffith, sujetándose a la mesa.

Y me tiré al suelo con Douglas McDonnell por delante cuando Klauss aún reunía fuerzas para apretar por última vez el gatillo.

Silbó el proyectil alcanzando al asesino cuando precisamente intentaba hurtarse al rabioso plomo que, sin rumbo, surcaba el aire, veleidoso.

—¡Aaaaaaag! —rugió, entre bocanadas de sangre, atravesada su garganta.

—Es el final, McDonnell —sentencié.

Lo era, sí.

Penélope había avisado a la policía, sin entrar en ningún detalle, justo a la hora que yo le indicara.

Dos coches patrulla se estacionaban en aquel momento frente a las oficinas en Washington de la McDonnell y Griffith Armament. Ellos mismos se encargaron de acompañarme a recoger el paquete que guardaba en sus almacenes una firma importadora de porcelanas.

McDonnell tuvo oportunidad de conocer, antes de entrar en prisión, el individuo que desde muchos miles de kilómetros, le había venido suministrando profesionales del gatillo, entrenados ejecutores, para el buen logro de sus criminales empresas. — ¿Prefiere retirarse a descansar... o va a firmar su declaración ahora,

Von Sydow?— me preguntó Leonard Firth, miembro del Federal Bureau of Investigation, deslazado exclusivamente para atender aquel asunto, desde sus inicios, al mismo precinto policial.

—Lo haré mañana... si no le importa.

—Como prefiera.

Salí de la estación de policía con los hombros hundidos.

Acaba de redimirme a mí mismo y de prestar un gran servicio a la humanidad y sin embargo, porque los hombres somos así, no me sentía satisfecho de mi actuación.

Quizá porque me daba miedo encontrar la respuesta al por qué.

¿Por qué había hecho todo aquello?

¿Bastaba una fatal casualidad para justificar la espiral de violencia que yo había desatado...?

Puede que algún día, pasado el tiempo, encontrase la respuesta. Por casualidad... a lo mejor.

EPÍLOGO

... Que siempre debiera ser así

La música estridente del teléfono hizo polvo el hilo de mis reflexiones. Me acerqué al auricular llevándole al oído.

—¿Si...?

Llegó hasta mí un registro jovial y alegre:

—¡Soy Kris Moore! ¿Te acuerdas de mí?

Sonreí como si el deportivo y familiar detective pudiera verme.

—¡Hombre...! —exclamé—. ¡El pesquiza! Claro que me acuerdo.
¿Qué sucede, Kris?

—¿Dónde te habías metido, Osiris? Llevo casi dos días intentando localizarte...

—He estado por ahí —le corté— dando vueltas.

—Entiendo. Bueno, verás... —Me llegó su inflexión de duda, pero le dejé que prosiguiera—, quería... ¡quiero darte una buena noticia, puñeta!

—Adelante con ella, detective.

—Penélope, ayer... ¡pronunció el sí! Y antes de que se arrepintiera lo he arreglado todo para hacerle mi esposa mañana por la mañana. ¿Contamos con tu presencia, Osiris?

Nos falta un testigo...

Tuve la extraña y absurda sensación de que acababan de apuñalarme por la espalda.

Y me quedé en suspenso, claro.

—¡Osiris...! ¡Osiris! ¿Sigues ahí?

—¡Eh...! —exclamé, torpe, bajando al momento de las nubes—.
¡Oh, si, claro que te escucho! Es que me has dejado sorprendido,

muy sorprendido, de veras. ¡Me alegro!

—¿Pero vendrás o no?

Me mordí el labio inferior y me costó mucho, muchísimo, pronunciar con naturalidad:

—Sí, desde luego. Podéis contar conmigo.

—¡*Okay*, camarada! ¿Te parece bien que pase a recogerte mañana en la mañana a las nueve?

—Perfecto, Kris. Aquí me encontrarás.

—¡Hasta mañana pues!

—Hasta mañana... —susurré, colgando el auricular acto seguido.

Penélope..., Penélope se iba a casar con Kris Moore.

Bueno... ¿Y qué?

¡Qué fuesen muy felices!

—¡Mierda! —exclamé en voz alta.

Y atrapando mi chaqueta por el camino salí del apartamento y paré el primer taxi que apareció ante mis ojos con el «libre» colgado. Cuando me dejó en la dirección indicada el chófer se quedó de piedra al darse cuenta de que no esperaba a recoger el cambio del billete de 25 dólares con que saldaba generosamente la carrera.

Estaba corriendo ya vestíbulo adelante, desentendiéndome también del ascensor para volar por encima de los peldaños.

Aporree la puerta, rabioso.

Abrieron.

—Pero ¡qué forma de llamar es...!

La estreché con fuerza entre mis tentáculos y silencié sus labios con los míos, arrastrándola piso adentro hasta el dormitorio.

—¡Osiris...! ¿Te has vuelto loco?

Jadeaba pero dije:

—¡Me vienen diciendo loco desde que nací! Puede que lo esté. Por ti...

—¿Quieres tranquilizarte? —me sonrió dulce y comprensiva.

—¡Nada de eso, pequeña! ¡Vamos a hacer el amor ahora mismo!

Me miró creyendo, ahora de verdad, que no estaba en mi sano juicio. Y no por el hecho de que deseara hacerla mía, no. Pero sí por...

—Desapareces como si te hubiese tragado la tierra, estás una

semana sin decirme ni «¡por ahí te pudras!», y de golpe y porrazo te entran desesperados deseos de... —¡Y luego llamaré por teléfono a Kris Moore para decirle que has hecho el amor conmigo!

—Si no fuera porque... si no fuera por eso, te echaría a patadas de mi casa. ¿Qué le importa a Kris Moore lo que hagamos tú y yo?, ¿eh?

—¿Qué, qué le importa? —repetí, atónito—. ¡Mucho! No creo que acepte casarse con una mujer que el día antes de la boda ya le ha puesto tos cuernos. ¡Al menos yo no...!

—¿Quién va a casarse con quién, Osiris? —me atajó.

—Tú... —La señalé, casi acusador, con el índice—. ¡Tú y ese estúpido detective! Me ha telefoneado hace un rato para...

Penélope rompió en sonoras, estridentes y alegres carcajadas.

Entonces lo entendí.

Y estallé también en una risa casi histérica.

Que no me impidió acercarme a Penélope y empezar a desnudarla con fruición.

—El..., él será nuestro testigo —dije—. Se lo merece.

—Siempre hay quien se sacrifica para que los demás sean felices, Osiris —me facilitaba la labor y me besaba la comisura de los labios al mismo tiempo. Añadió—: Ha sido necesaria esa añagaza de Kris para que te dices cuenta...

—De que te amo y de que aún quedan personas buenas en el mundo. Es gratificante descubrir que no todo es malo, Penélope.

—¿Estás seguro, Osiris?

—¿De que aún queda gente buena?

—¿De tu amor por mí..., estás seguro?

—¿Lo dudas acaso...?

Caíamos sobre el lecho cuando la oí susurrar muy tenue:

—No... Pienso que también me has amado desde el primer instante que nos vimos. Pensando que quizá estaba en lo cierto, que la había querido desde el momento inicial sin descubrirlo por la tragedia que me asolaba, la besé.

Después fui admitiendo y gozando de su generosa entrega.

—Te adoro... —susurró en mi oído.

—Por casualidad, pequeña.

—La casualidad de la vida siempre debiera ser así, Osiris. Grata, con destellos de felicidad.

—Debiera..., pero no lo es.

—Esta vez sí... ¡Ámame, Osiris! Lo hice y no por casualidad.

FIN



Francisco Caudet Yarza (Barcelona 1939), ya en la infancia manifiesta su inclinación hacia la literatura y se apasiona con la lectura de clásicos franceses y rusos (Dumas, Tolstoi, Verne), autores que simultánea con los españoles de la novela de kiosco como Mallorquí, Donald Curtis, Mark Halloran y otros, en especial Guillermo López Hipkiss con el que se identifica de tal modo que, pasado el tiempo y siendo ya un profesional de la novela popular, reconoce que él ha sido el auténtico detonante de su vocación literaria. Debuta en 1965 en el mundo de los «bolsilibros» con la madrileña Editorial Rollán que le publica su primer original en la legendaria serie

FBI,

con el título de Enigma. Dos años después la barcelonesa Bruguera le ofrece un contrato de colaboración en exclusiva para novelas de bolsillo, empresa que comercializa durante años sus originales que rozan los cuatrocientos títulos y que firma con el más conocido de sus seudónimos: Frank Caudett. Con el devenir del tiempo incursiona en otros ámbitos literarios y publica con diferentes editoras, entre ellas Edimat, Libsa, Planeta, Ediciones Obelisco, etc. Algunas de sus obras más significadas son: Al correr del tiempo..., Generaciones Castradas, Historia Política de Cataluña

1880-1936,

Las profecías de Nostradamus, Franco resumen biográfico y es autor, junto con su esposa, la documentalista María José Llorens, del primer libro sobre la Ouija que se publica en la España de la transición. Desde hace varios años colabora con un *holding* editorial sudamericano.

Multieditors de Promociones, S. L., *holding* sudamericano antes aludido, es la editora que publica actualmente la totalidad de su producción literaria, repartida en diferentes colecciones, según las respectivas temáticas. Death Club es una serie policiaca, lo que hoy se conoce como «novela negra», en la que volviendo a su legendario seudónimo de Frank Caudett, han aparecido varios títulos suyos. El último, La Starlet, según los informes que le facilita la propia editorial, ha recibido el beneplácito de la asesoría literaria y también una favorable acogida por parte del público lector.

Utilizó los

ALIAS:

- Frank Caudett.
- Frankie Cauyarz.
- Kyle Brown.
- Michael Bannister.
- Montana Blake.
- Ariel Sinclair.
- Winston McNeil.